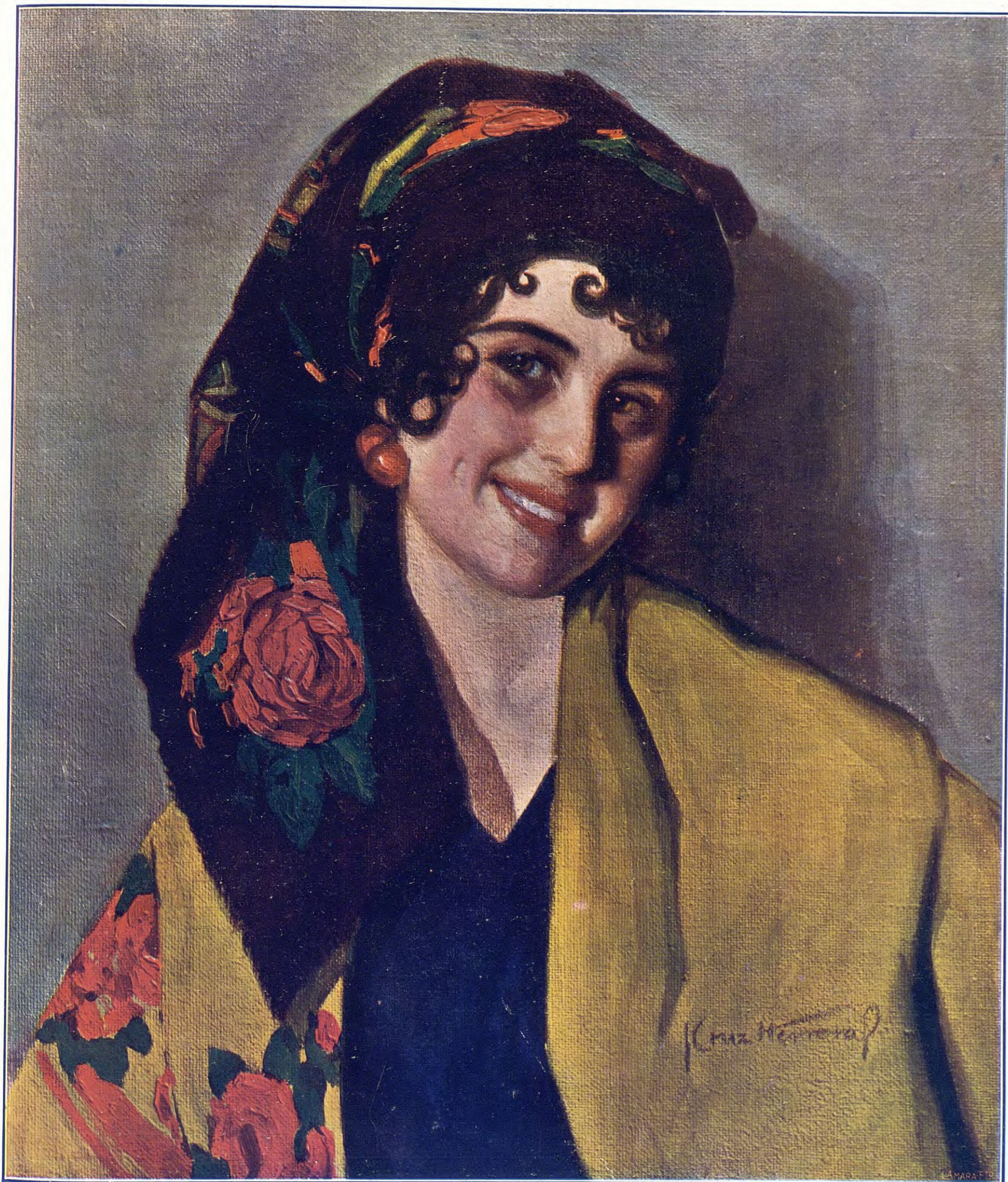


La Esfera

12 Mayo 1917

Año IV.—Núm. 176

ILUSTRACION MUNDIAL



TIPO CASTELLANO, cuadro de J. Cruz Herrera

DE LA VIDA QUE PASA PRIMAVERA Y BODAS

CON las flores, con los pájaros, con el cielo azul, con el aire tibio y embalsamado, y con el sol de oro, han vuelto los días de las bodas ostentosas, de las bodas mañaneras, que parecen más alegres y más de enamorados que las de las tardes grises y las noches lluviosas de la clausura de velaciones.

Es la época de los epitalamios y de las tontearías filosóficas trascendentales acerca del amor, del matrimonio y de la felicidad.

Es tema éste que encanta a las mujeres, sin pensar que equivale al de su esclavitud en las más de las veces. Piensan en él por huir de la blanda autoridad paterna, más que por el amor, y no prevén que puede llegar a ser menos soportable la del marido que esperan. Digar cuanto quieren los nobles espíritus que abogan por la dignificación de la mujer, la primera condición para que el hogar conyugal sea dichoso, es la del sacrificio constante de la personalidad femenina. Es el hombre como muchos siglos le hicieron, y tardará no pocos en cambiar de condición. Por eso, el más eficaz secreto para conservar la paz del matrimonio, lo dió ya en el siglo antepasado una gran dama. Preguntábasele cómo se las había compuesto para conservar y aumentar el amor de su marido, que no era un ángel precisamente.

—Muy sencillamente—contestó ella—: haciendo todo lo que a él le gusta, y sufriendo pacientemente todo lo que me disgusta.

Es toda una máxima de sabiduría matrimonial. No aseguraré yo que sea la mejor para la felicidad de la esposa, pero sí suficiente para no hacerla infeliz, lo que no es poco. Cuántas mujeres desgraciadas en el matrimonio se conformarían solamente con no ser dichosas.

Claro está que tal máxima es difícil de seguir, porque requiere, ante todo, un gran amor, y ese, en la vida conyugal, es más raro en las mujeres que en los hombres, malos y todo como son. Abundan más los maridos enamorados de su esposa que las mujeres enamoradas de su propio marido. Tiene muchas explicaciones. Por lo común, el hombre elige su compañera, y la mujer sólo tiene ocasión de aceptar a quien se le ofrezca, que rara vez es el de su gusto ó el de su inclinación. Yo no me explico por qué ha de estar mal mirado que una mujer insinúe, y aun declare francamente a un hombre su amor, ó lo que con el amor suele confundirse, su agrado, y ha de estar bien visto que un hombre los manifieste a una mujer. Pero ello es una garantía, aun contando con que se equivoque, de enamoramiento en el hombre, y una probabilidad de perseverancia en el amor durante el matrimonio. Añádase que el marido no suele estar sometido a su mujer, al revés que la esposa, la cual, al pasar del padre al marido, no hace sino cambiar de sumisión, y se comprenderá que, a la mujer, le pesen más que al hombre los lazos conyugales, y que, al pesarle, sea más difícil en ella el amor... Consideración que deben tener muy presente los maridos que deseen de su esposa correspondencia al suyo... Y como observo que me he pasado del terreno del cronista al del consejero, vayan unos cuantos consejos para aquellas personas que los hayan de menester, con

motivo de la época de las nupcias. A decir verdad, el más necesitado de consejo es el hombre, no sólo por ser el más capaz de seguirlo, sino porque es, por lo regular, el causante de la dicha ó de la desventura de su hogar. Hombre y mujer, deben tener presente, ante todo, que, para la felicidad de dos, ha de haber siempre un sacrificio. Por su parte, el marido debe procurar que la mujer no eche de menos nada razonable, y guarde él ó no la fidelidad debida, tenga muy presente a aquella linda casada que no se creía culpable de que su matrimonio fuese aciesico; fijándose un día su esposo en la sortija que ella llevaba, le dijo incautamente: —¡Vaya un diamante maravilloso! Pero qué mal trabajado está...

—¡Ay!—dijo la esposa con maligna sonrisa—. Eso no le pasa a él sólo.

Si el marido fuese reincidente ó en segundas nupcias, ni desprecie a su difunta esposa, ni esté siempre recordándola ni comparándola con la actual, para que la segunda no le diga como la del chascarrillo:

—¡Ay, marido mío! No echas tú de menos a tu primera mujer tanto como yo.

Para los solteros que no estén bien preparados y bien dispuestos para contraer el santo vínculo, no estará de más recordarles un cuento de Dufresny, que enseña cómo se ve el matrimonio, antes y después de la luna de miel. Por encargo de un enamorado que iba a casarse, compuso un pintor un cuadro representando a Himeneo. Se lo llevó la víspera de la boda.

—Es de una belleza mediocre—dijo el novio al verlo—, y como os había prometido que el pago sería proporcionado a su belleza, no os extrañará que también sea mediocre la remuneración. Himeneo debe aparecer más hermoso que Adonis. Las tintas del cuadro deben ser más vivas. Todo debe respirar alegría, la alegría del amor...

—Tenéis razón en no estar conforme con la belleza del cuadro. Pero tened presente que aún no está seco. Cuando lo esté, os parecerá otro.

Meses después, volvió a enseñárselo.

—Tenéis razón al decir que el tiempo rejuvenecería vuestra pintura. No parece la misma. ¡Qué viveza de colores, qué alegría!... Sin embargo, esa cara está demasiado alegre; en fin, los fuegos del Himeneo deben parecer menos brillantes que los del amor...

—Muy bien, señor—replicó el artista—, os ocurre lo que yo preví; el Himeneo, al presente, es menos bello en vuestra imaginación que en mi cuadro. Hace tres meses ocurría lo contrario. Y es que erais novio, y ahora sois marido.

En fin, un consejo para los que se vean requeridos a darlo en cuestión de matrimonio; cuando algún viejo ó algún joven os pregunte si debe casarse, nunca le contestéis negativamente, si queréis conservar su afecto, ni afirmativamente, si no queréis exponeros a perderlo. Quien hace tal pregunta, como el artista que os pide opinión sobre una obra suya, está deseando que le sigáis la corriente. Parecerá, pues, que se la seguís, recordándole las palabras de Bacon: «A toda edad hay razones para casarse».

Y si se pusiese pelmazo, pidiéndos una afirmación por la que, luego, en caso de irle mal, os aborrecería, recordadle los versos de Panard, a propósito del cuadro de Poussin, que representa el sacramento del Matrimonio:

Parmi les sacraments dont l'élegant Poussin sur la toile exprima le divin caractère, au mariage seul ni son docte dessin, ni son art n'ont forcé la critique a se taire.

Tiens-toi, lecteur, pour avisé, considérant cette aventure qu'un mariage est mal usé a faire bon, même en peinture.

Es decir, que un buen matrimonio, ¡es difícil de hacer hasta en pintura!

E. GONZÁLEZ FIOLE

GRACIAS MODERNAS



Bella desdeñosa

Aun sangran en mi pecho las heridas que me abrió de tu olvido el puñal fiero, y más te quiero cuanto más me olvidas y más me olvidas cuanto más te quiero.

Mi corazón esperará hasta que arda la roja llama de tu amor primero, y más lo espero cuanto más aun tarda y más aun tarda cuanto más lo espero.

En sepulcro de espinas y de flores vivirán enterrados los amores que, siendo para ti, tú no quisiste.

Y mi alma siempre te querrá como ahora, que sí, porque te llora, vive triste, triste y todo es feliz porque te llora.

Miguel DE CASTRO

DIBUJO DE MÁS Y FONDAVILA

LAS MARAVILLAS DE GRANADA



ENTRADA AL SALÓN DEL TRONO, DE LA ALHAMBRA

LA ESFERA

DIBUJOS AL PASTEL



RETRATO, por Enrique Ochoa

LA EXPOSICIÓN DE ARTE FRANCÉS EN BARCELONA

LA SALA DE LA REINA REGENTE



"La echadora de cartas", cuadro de Uegas



"El verano en Auvers", cuadro de Cezanne

SELECTO y expresivo conjunto de obras es el que se ha logrado reunir en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, como una demostración de la pujanza y primacía del arte francés desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días.

Fue solicitada esta Exposición por los artistas catalanes. Secundó, patrocinándole y votando un crédito extraordinario, tan excelente ruego el Ayuntamiento de Barcelona, y, por último, Francia ha respondido al generoso y entusiasta llamamiento con fraternales generosidad y entusiasmo.

Como organizador de la Exposición, el Gobierno francés comisionó a Mr. André Saglio, y como auxiliar suyo en la tarea de instalación y decoración de las salas, á Gustavo Luis Jaulmes. Sólo viendo esta Exposición, verdaderamente excepcional, tan importantísima, puede comprenderse hasta qué punto el trabajo y la competencia de los Sres. Saglio y Jaulmes han realizado una obra ejemplar.

Cautiva el ánimo y deleita la contemplación el sabio acierto, el depurado buen gusto, el sentido de las armonías sobrias y de las decoraciones severas y graciosas, á un tiempo mismo,

que poseen ambos artistas, y que han contribuido al mayor lucimiento del gran número de obras maestras y al señorial disimulo de las escasas mediocres, reunidas en las salas del Palacio de Bellas Artes barcelonés.

La Exposición es muy completa. Concurren á ella artistas de las tres grandes entidades artísticas de Francia: *Salón Nacional*, *Salón de Artistas franceses* y *Salón de Otoño*, con obras de pintura, escultura, grabado, arquitectura y artes decorativas.

Figura, además, una sección de arte que no nos atrevemos á llamar retrospectiva, porque si



"El molino de la Gaiette", cuadro de Renoir



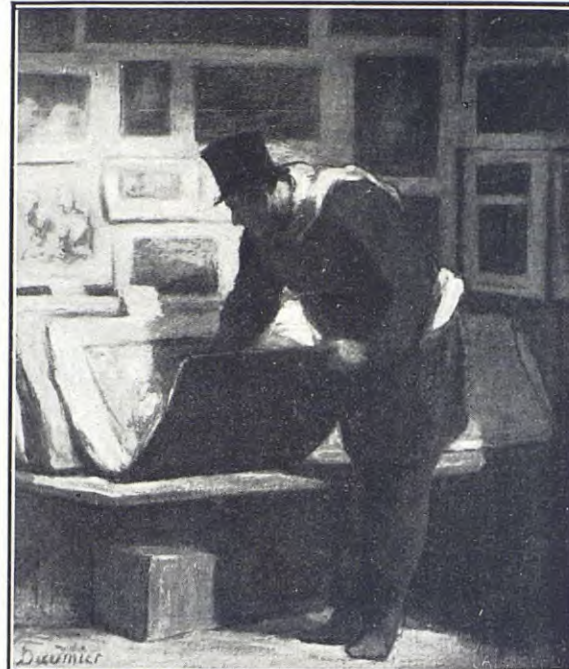
"Las regatas en Argenteuil", cuadro de Monet



"Retrato de Manet", cuadro de Legros



"Los monaguillos", cuadro de Courbet



"El coleccionista", por Honorato Daumier

bien la constituyen en su mayoría las obras de pintores ya fallecidos, se exponen otras de Rodin, Forain, Degas y Monet, que aun viven para bien del arte. Es, tal vez, esta sala, la más importante de todas las de la Exposición y por ella comenzaremos nuestros modestos comentarios.

ooo

No en los límites reducidos de un artículo, sino en la amplitud de desarrollo que consintiera un libro, habría de ser comentado el Salón de la Reina Regente. Como de una plazoleta ideal surgen de allí todos los senderos por donde el arte francés—y con el arte francés el de toda Europa—se ha desglosado y diversificado. Están aquí todos los precedentes de las modernas tendencias. En estos retrocesos ideológicos que la crítica debe hacer para encontrar los orígenes de las nuevas normas estéticas, aquí debe detenerse, porque están casi todos los profetas que precedieron a los apóstoles estéticos y aun muchos que pueden y deben ser considerados como apóstoles mismos, ya que, después de ellos, las doctrinas se han falseado, empobrecido y desorientado.

Hallamos aquí a los maestros del impresionismo: Manet, Monet, Renoir, Degas, Pissarro, Sisley, Berta Morisot; al iniciador del puntillismo Seurat; a Gauguin con su exaltación de los primitivismos y de las deseuropeizaciones, como un retorno a la sencillez, a la sinceridad expresiva de la sensibilidad y de las formas; a Cézanne, el pintor a quien hacen más daño las apologías snobistas que los reproches conscientes; Cézanne, que invocan hasta los propios cubistas como el precursor de la pintura contemporánea; a Carrière, con su arte hermético, blando y brumoso; a Puvion de Chavannes, con su obra más característica; a Toulouse Lautrec y su realismo fuerte, agresivo, donde la audacia técnica y la audacia del pensamiento taladran y se ahincan; a Constantin Guys y a Daumier, los padres del costumbrismo coetáneo, los dos co-

losos que con Gavarni constituyeron la trilogía más alta del dibujo francés en el siglo XIX, y de los que ha heredado tantas cosas Forain, que también figura en esta sala, pero que tiene en las del piso bajo todo el espacio necesario para hablar con su voz severa y profunda contra la guerra y contra las demás infamias sociales; Courbet, el fundador del realismo, después del academicismo y del romanticismo de los comienzos del siglo anterior; Monticelli, con sus ruti-



"Madame Manet en su invernadero", cuadro de Manet

lantes fantasías, a las que acudieron después, como a un cofrecillo inagotable, los pintores modernos, encaprichados en la tarea de cambiar los colores en gemas; y Legros y Boudin y Croos y Henner y Guigou y Harpignies y Lepine y Durán, ya en planos inferiores.

Luego tres grandes escultores—Rodin, Dalou, el animalista Bayre—y la sorpresa de Renoir transformado en escultor con un bronce que no puede hacer olvidar ni por un instante la más débil e imprecisa de sus densas y sensuales armonías pictóricas.

Renoir es acaso el mejor representado de todos los impresionistas. Además de ese portentoso *Moulin de la Galette* que no puede contemplarse sin sentir calofríos de un deleite casi angustioso, hay de él otros tres lienzos: *El verano*, *El columpio* y *Retrato de mujer*. Nadie ha pintado con más voluptuosa complacencia ni evocado con mayor alegría las gracias femeninas. Ve las carnes de las mujeres como frutas maduras y tentadoras; los colores salen de su paleta temblorosos de deseo y enervados de sol.

De Manet se exponen tres cuadros: *Madame Manet en su invernadero*, *Retrato de mujer en traje de baile* y *Las ostras*. El primero es un prodigio. En él, Velázquez, Goya y Manet, están fundidos para llegar al logro perfecto de algo perdurable. Sucesivamente, como notas al margen

del catálogo de esta *Exposición de Arte francés*, tenemos el propósito de conceder aislados estudios a los maestros de esta sala. Únicamente así puede perdonarse que ahora sólo se haga referencia brevísima de ellos.

Del Museo de Luxemburgo han venido dos obras maestras: *Maternidad*, de Carrière, y *El pobre pescador*, de Puvion de Chavannes.

El alma se aquieta, se recoge en un místico reposo frente a estos lienzos tan diferentes entre sí y tan ligados, sin embargo, por el nexo común de la autoinspección, de la vida interna que fluye como un agua subterránea, adivinada en flores externas y tímidas. No son únicamente dos cuadros los que se exponen con los lienzos *El pobre pescador* y *Maternidad*, sino los sendos credos estéticos de Carrière, «el visionario por la extrema penetración de lo real» (Mauclair), y de Puvion, el que «disipó muchos fantasmas haciendo entrar en la pintura la inocente claridad del día» (Andrés Michel).

Y, por el contrario, esta misma alma se inquieta frente al parisianismo exacerbado del *Moulin Rouge* de Lautrec y de las loretas, grisetas y mujeres de placer tan certeramente reflejadas por Constantin Guys.

No compensan las bailarinas de Forain la falta de las bailarinas de Degas; pero, en cambio, el propio Degas tiene esta *Echadora de cartas* que, aun siendo de los comienzos, es más que una promesa de los realismos futuros.

De Legros hay un magnífico retrato de Manet; el autorretrato de Courbet es otra de las obras interesantes; Gauguin está mejor representado en su tendencia con *Taitianas* y *Escena en las islas del Océano*, que Cézannes en sus paisajes de la primera época. En cambio, responden de modo claro y preciso *La gare de Saint Lazaire* y *Regatas en el Támesis*, a las personalidades respectivas de Monet y de Sisley.

José FRANCÉS



"En el Moulin Rouge", cuadro de Toulouse Lautrec



"El pobre pescador", cuadro de Puvion de Chavannes

SONETARIO GALANTE



Soy un poeta de amor:
tengo el pecho macerado
por el agudo dolor,
inefable, del pecado.

Ante una bella mujer,
me hunde su agudo puñal,
hasta la cruz, el tercer
dulce pecado mortal.

He amado mucho en mi vida;
gasté en besar mi florida
juventud loca y fragante

en mil bocas amorosas,
¡porque tiene muchas rosas
mi florilegio galante!

Parto mi vida ilusoria
de poeta y de amador
entre el amor á la gloria
y la gloria del amor.

Por igual mi alma se inflama
y mi espada es siempre fiel
á los ojos de una dama
y al encanto de un rondel.

¡Cuánto he madrigalizado,
cuántos versos he trenzado
junto á unos senos sedientos

y una boca llameante!
¡Porque tiene muchos sueños
mi florilegio galante!

Ardiente y sentimental
cada nombre idolatrado
es lo mismo que un puñal
en mi corazón clavado.

Y, aunque de pena me abrumen
en mis horas de tristeza,
quiero que ellas me perfumen
la vida con su belleza.

¡Bellos ojos, negros rizos,
por vuestros crueles hechizos,
por vuestra carne fragante,

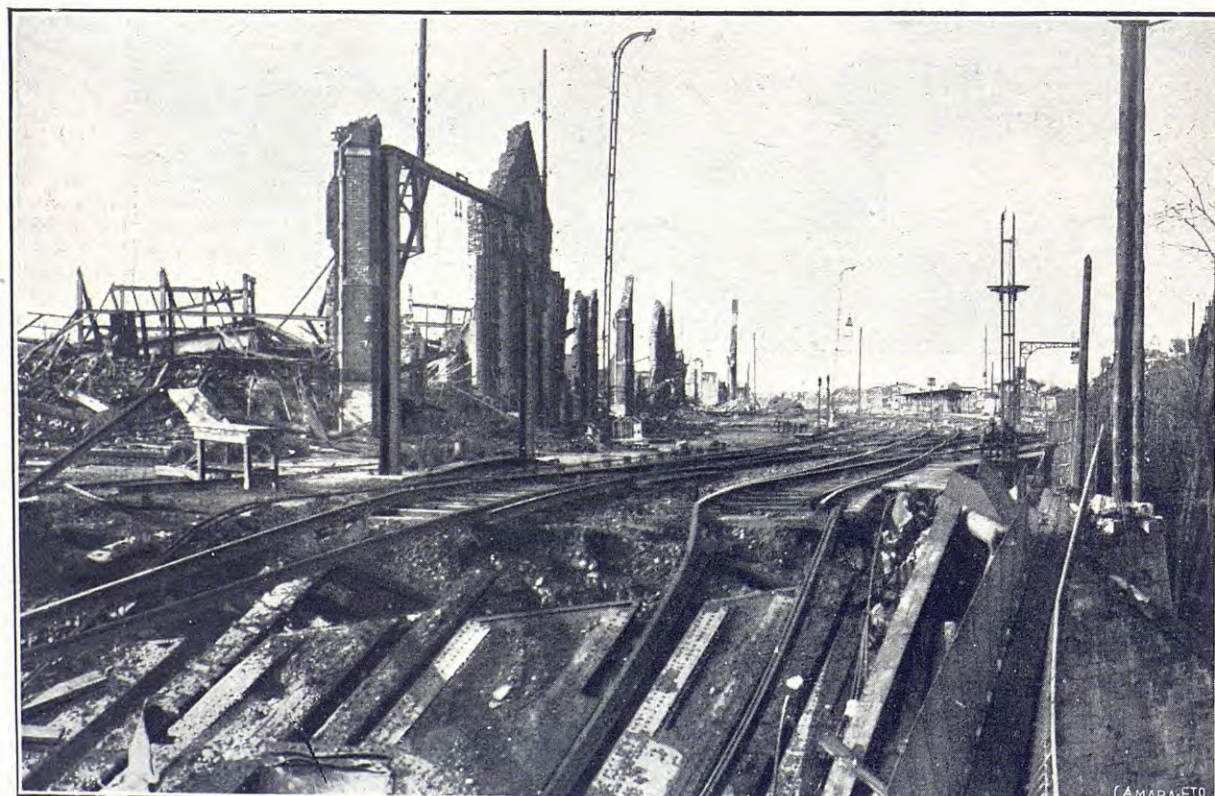
cuánto he llorado de amor!
¡Que tiene mucho dolor
mi florilegio galante!



Aspecto de la calle principal de Bias, en el Mosa, después de la retirada alemana



Un aspecto de las ruinas de Tergnier, reconquistado en el último avance francés



Estado de los muelles y la estación de Tergnier, al ser reconquistado por los franceses



Las ruinas de la calle del Puente Real, Reims (Aisne), reconquistado recientemente



La plaza de Armas, de Verdun, después del último bombardeo de los alemanes

CUENTOS ESPAÑOLES

EL NOVIO DE ODETTE



HABÍA presentido, desde niña, que su primer novio sería un español. Era hija de francés, y su madre misma se había nacionalizado francesa con el curso del tiempo; pero la madre de su madre, su adorada abuelita, era valenciana de pura cepa, y se llamaba Amparo, de una familia que emigró á Argel á ejercer una pequeña industria... Odette había nacido en el Midi, de Francia, comarca que tiene comunicación directa con la Península, y siempre miró tras de los Pirineos, como tras de una barrera que ocultase su ideal, su sueño de adolescencia... No pocas noches de luna había paseado á orillas del Bidasoa, contemplando el río largo y lento como un espejo que le reflejase la ensoñada figura, la imagen del adorado, del príncipe moreno, de negros ojos, de cutis mate, de pelo de azabache, de largas pestañas, de talla mediana, de robustez contenida, membrudo y ágil, como es el verdadero tipo español...

¡Oh! ¡El tipo moreno cómo lo adoraba! No podía con sus compatriotas, donde predominaban los rubios, y aun de los más lindos y gentiles, sólo por sus cabellos de oro y sus azules ojos, hacía mofa y burla llamándoles «le beau blond»... *Le beau blond*, el lindo rubio á quien la canción pone la solfa:

*Je suis le beau blond
du Square Monleon...*

Nunca creyó que se podría casar con un francés, y desde niña, cuando apenas apuntaba en ella la pubertad, cada vez que veía un tipo moreno en la calle, pensaba: ¿Será español?... Y le miraba con enternecimiento. Algunas veces venían turistas, que se alojaban en el Hotel Continental; ella vivía al lado, en una callejuela sórdida y angosta que miraba á la fachada lateral del hotel, y por donde salían los turistas, gabán al brazo, y Boedeker en la mano...

Algunas veces confundía finchados portugueses con arrogantes iberos; los veía cetrinos, tostados de un sol del Mediodía, bruñidos los rostros como medallas de bronce... Pero como había oído hablar mucho español en su casa, al pasar, paraba la atención en ello, y oía: «Vamos á sala de yantar...», ó, acercándose á un mozo de equipajes, recostado tristemente en la esquina, decíale con imperio: «Até amanhã, as sete horas com as malas...»; y entonces convenciase de que no hablaban el dulce idioma que ella oía á su madre cuando quería hablar enternecidamente á

su esposo. A los diez y seis años, paseando un día por el Boulevard, le salió un novio español. ¡Qué alegría le entró al saber que era á ella á quien se dirigía, y no á ninguna de las amiguitas que la acompañaban: á la frágil Lily, á la frescachona Marthe, á la opilada Renée, á la lúbrica Margot, la morenita Colette, que parecía una españolilla de ópera, ni á Noemi, la rubia flamenca con rostro de matrona... No; era á ella, á Odette, con su carita ingenua de *poupée*, sus ojos atónitos de candor... Saboreó en unos minutos la más intensa felicidad de su vida... El novio recorrió el Boulevard tras de ella; se acercó, logró hablarla, y luego, á usanza española, le rondó la calle; volvió al día siguiente, y ya anochecido, se acercó á la ventanita del piso bajo, tras de la cual, ella cosía... La calle era propicia para tener una novia á la española: angosta y oscura, aplastada por la abrumadora fachada del Hotel Continental...

Odette abrió la ventana tímidamente, con miedo de que la viera la madre, que, á pesar de su ascendencia hispana, no hubiera querido llamar la atención de los vecinos, y hasta atraerse quizá una admonición del casero, con estos amoríos á la española. El muchacho, moreno, esbelto y gentil, como ella lo había soñado, le contó quién era. Llamábase Manolo Corujedo; vivía en un pueblecito pesquero de la costa cantábrica; sus padres estaban en muy buena posición, y venía allí á estudiar ingeniería industrial. Pasaría tres años allí, yendo á España durante los veranos, y acaso en Navidades. ¿Le convenía para novio? Odette le aceptó, entusiasmada, sin aquellos remilgos y melindres que usan las nenas españolas, más cautas para conceder relaciones...

La madre se enteró pronto, y como supo que era joven, de buena familia, futuro ingeniero, que vestía muy bien y vivía en el *Hôtel du Thoisán doré*, una de las mejores pensiones para estudiantes, le pareció de perlas el noviazgo... Por la mañana les dejaba irse de paseo al Parc Bellevue, solitos, á usanza del país, y por las tardes (más bien en los anochecidos, para no llamar la atención de la vecindad) les consentía que hablasen á la ventana.

ooo

Odette se enamoró ciegamente del españolito, y á los cuatro meses ya sabía decir, con un delicado acento francés: —Manolito, ¿me quieres mucho, mucho?...

La familia estaba encantada de aquel novio, que prometía un porvenir de bienestar y desahogo económico. La madre alentaba aquellos amores y les dejaba vagar solos horas y horas por el Parc Bellevue, mientras el padre, metido en su oficina continuamente (era cajero del *Comptoir d'Escomptes*), ni se enteraba siquiera de tales relaciones. A veces, la madre le informaba someramente en rápidos diálogos de sobremesa:

—*La p'tite, tu sois? elle est amoureuse...*

—*Si c'est pour le bon tant mieux*—contestaba el padre sentenciosamente.

Llegaron las vacaciones de Navidad, y Manolo, que había prometido á su familia pasarlas en el pueblo, rescindió la promesa y vendió á Odette el favor de quedarse, «en obsequio de ella»; favor que fué cotizado en dulce moneda de amor á la ventana. ¡Deliciosos anocheceres en la ventana de Odette, que á Manolo le recordaban lo que había leído en novelas españolas sobre amores á la reja en Andalucía, porque en su tierra no había este estilo de cortejar, y, ó se entraba ya en la casa, formalizadas las relaciones, ó se acompañaba sólo por las calles!...

¡Horas divinas del crepúsculo rojo, malva y violeta espejeando en los miradores del Hotel Continental!... En la reja deslizábase á momentos un rayo del sol auricadente, que ponía un nimbo de luz, como de santidad, en la cabecita rubia y angélica de Odette, que le miraba en éxtasis, con sus ojos azules de Madonna...

En Navidades fueron al teatro; ya él se sentaba a su lado aun estando con su madre, á quien había sido presentado, y desde los primeros días la madre de Odette simpatizó sobremanera con el trato de aquel españolito que hablaba tan pintorescamente el francés, y con quien ella tenía también ocasión de ejercitar su conocimiento del castellano. Echaban grandes parrafadas en español, y la madre de Odette quería que le explicase cómo era Madrid.

Se consolidó la amistad de Manolo con la familia Giralt; la madre y la hija formaban ya una especie de tática solidaria para no dejar escapar aquella que consideraban buena presa de marido. Le invitaron á tomar el té de las cinco en su casa, según costumbre británica arraigada ya en la Francia britanizada de 1904 en adelante; esto acrecentó la estimación por el muchacho, porque todas las visitas de casa, según le iban conociendo, le conceptuaban joven correcto y *très bien*, poco dado á trapisondas y embustes, como suelen serlo los españoles del Mediodía... En el *Hôtel du Thöisan doré* pagaba religiosamente las facturas, y era poco exigente y quejoso.

Pasó así el invierno, acreciendo cada vez más la familiaridad entre los novios, y Odette se había enamorado muy seriamente. Llegó la primavera, y los días claros y floridos, y las jiras campesinas á orillas de los ríos claros y lentos que atravesaban el dulce país de Francia... Fueron á Lourdes, en devota peregrinación la madre, católica practicante, como buena francesa del Mediodía; en peregrinación de amor los novios. Se dijeron lindas ternezas bajo aquellas rocas inmutables que cobijan la basílica, y entre el arrullo de sus frases cariñosas, Manolo oía indistintamente los cánticos piadosos, las lentas letanías de las procesiones que ascendían á la gruta, de las cuales quedábase un runrún confuso de sílabas latinas y el estribillo final de un cántico en francés que le emocionaba por lo rítmico y expresivo que resultaba, oído á un grupo de docientas almas suspirando anhelosas:

«Seigneur, souvez la France!...»

De súbito, á mediados de Mayo, Manolo recibió un telegrama urgente de su casa, ordenándole regresara en el acto. Ya él tenía propósito de no hacerlo más tarde del 1.º de Junio; pero ahora lo aceleró. Odette y su madre fueron á despedirle á la estación en una florida mañana en que el aire olía á rosas y el cielo azul, esplendoroso, recordaba á Manolo el cielo de Madrid, que él amaba tanto... Odette quedó tristísima; confesó á su madre que su intimidad con Manolo era mayor de la que es uso entre novios *pour le bon*, y estuvo llorando tres días incansablemente...

Manolo Corujedo escribió la primera carta muy afectuosamente; la segunda y tercera más secas; la cuarta, totalmente despectiva y glacial, y la quinta... no la escribió... Odette se cansó de escribir cartas largas, mimosas; apeló á la autoridad de su madre para ver si tenía más influjo sobre él y modificaba su silencio inexplicable, y ni una ni otra lograron nada.

Entonces se decidió que Odette partiese para España.

Odette, con la intrepidez de las francesitas que á los diez y ocho años son capaces de dar la vuelta al mundo como Juan Sebastián Elcano, aceptó encantada la proposición.

Examinaron una guía de ferrocarriles y, con las uñas largas y cuidadas, señalaban el itinerario, y al llegar al punto de término, apretaban fuertemente, como si hubiesen querido traspasar el frágil y quebradizo corazón de Manolo. El

viaje era sencillo: tren hasta la frontera; nuevo tren de San Sebastián á Bilbao; noche en la villa de las Siete Calles; tren á Santander al día siguiente, y de Santander á Ablanedo, para recalar después, en dos horas de diligencia, en Costareña...

ooo

Había estado lloviendo toda la mañana; pero al filo de las tres se serenó el cielo, brilló el sol y los campos se alegraron con la risa de la luz. Encalmóse el aire, y el mar tornóse blanco y reposado, con vuelos lentos de gaviotas sobre él. En la desabrigada carretera de la Aramar no había una sola persona, allí donde suele haber tal concurrencia durante las tardes de verano; sólo á eso de las cuatro rodó un coche al trote lento de las mulas cansinas, y detrás de las vidrieras

lia sola, habían perecido padre, hijo y cuñado.. Por las calles sonaban alaridos de mujeres plañideras. Doblaban en toque opaco y triste de finados...

Cuando entró en la cervecería del pueblo, Odette, con su figurilla esbelta y su rostro virginal, suspendió las conversaciones todas, que versaban sobre el malhadado caso.

—¿Por quién pregunta la señorita?—dijo el dueño, oficioso, entrometido y ávido de saborear vidas ajenas.

—Por el señorito D. Manuel Corujedo—dijo Odette, con su chapurreo franco-español.

—¡Ah!, el rapaz de D. Fernando Corujedo—dijo el dueño—. Marchó hoy á la villa con una comisión para esto de los naufragos...

Un joven entrometido le interpelló en tartajosa parla dialectal:

—¡Ah! ¿Usted es la novia que Manolín tenía en Francia? ¡Mlle. Odette!

—Soy yo, Mlle. Odette, señor...

—¡Ah! Pues perdóneme que la dé un disgusto. Moymoisele (como suena lo pronunció)... Manolín recibió el parte de usted y trabajó por ir á la villa (la villa era Vallinello, cabeza de partido) por no encontrarse con usted. Yo siento disgustarla...; pero la verdad, esa ye... El no tiene intención de volver en quince días... Y, además, leyéronse las amonestaciones suyas con Clara Fanjul, el domingo último, en la parroquia...

Entre el confuso tartajeo dialectal, Odette entendió todo su dolor y su deshonra...

ooo

Los funerales se celebraron en una mañana de sol y de espléndido cielo. Aquel día, el pequeño pueblo nublado del Norte se diría una villa andaluza. El mar estaba en calma, batiendo irónico y retador en el acantilado de la costa; el mar solemne é indiferente á todos los dolores, que se ofrecía de nuevo, ancho y azul, á los marineros, para devorarlos en sus fauces de Moloch voraz; el mar triste, ronco y viejo que había sepultado tantos cadáveres en el sagrado de su profundidad y que había alimentado á tantas generaciones.

A las diez sonaron, graves y opacas, como vestidas de luto, las campanas de la parroquia. Iban agrupándose en la playa del pueblo los marineros, bravos compañeros de los naufragos, corpachones de Hércules y almas de niño, que marchaban, graves y contristados, hacia la iglesia. Delante de todos, un mozárron tremendo, todo de luto, portaba un pendón con

los colores de la bandera nacional y una gasa negra en lo alto del mástil...

En cada esquina de calle un alarido de mujer desgarraba los aires; á las ventanas de las casas bajas asomaban viejucas que, al ver pasar la comitiva, se arrancaban á gimotear, ó, en los portales, se apostaban mozas coloradas y frescas, que habían perdido quizá á los novios, y que, en viendo el cortejo, rompían á llorar desconsoladamente...

A esa misma hora, la pobre Odette, la niña rubia y angélica, viéndose abandonada del ingrato Manolo, sin ánimos para confesar su fracaso en el viaje ante su madre y su deshonra ante su padre, desesperada y angustiada del vivir, se arrojaba al mar desde una peña solitaria, y allí perecía su nombre y se destrozaba su vida para siempre, más desdichada que los naufragos, sin funeral, sin lápida, sin doble de campanas, sin recuerdo piadoso, sin nadie que derramase una lágrima ó rezase una oración por ella en esa tierra remota adonde la había arrastrado su pasión infausta...

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

DIBUJOS DE RIBAS



asomó la carita rosada y virginal de Odette, con sus rizos rubios bajo el sombrero ancho de paja de Italia y su traje azul de levita, enmarcándole el cuerpo redondo y torneado...

Remiró y buceó tras las vidrieras en todos los escondrijos de la cuneta; oteó á lo lejos por ver si llegaba, y al fin, cansada de la baldía investigación, dió orden al cochero de seguir, y emprendió carretera adelante.

Había puesto desde Santander un telegrama á Manolo para que saliera á la carretera á esperarla, por no dar el espectáculo, y hasta quizá el escándalo, de su aparición en el pueblo que ella suponía chiquito y murmurador, como Sainte-Ivette sur-mer, donde habitaba su abuela paterna, y donde ella había pasado un verano, siendo niña...

Desesperada al ver que no le contestaba, ni venía á esperarla, avanzó hasta el pueblo, que estaba consternado por un naufragio ocurrido aquella misma mañana.

Una lancha pesquera había ido á pique al chocar con un vapor de cabotaje, que la pasó por ojo... Cinco marineros habían sobrevivido de los diez y seis que llevaba la lancha; en una fami-

SILVELA, EL IRÓNICO

DENTRO de poco, el día 29 de Mayo, se cumplirá el duodécimo aniversario del fallecimiento de D. Francisco Silvela, el insigne político á quien debe España tan eminentes servicios. Refresquemos con la dulce memoria el pobre y mustio laurel que orna su tumba. Aún no ha llegado el día en que logre este singular espíritu el homenaje que le es debido. Ahora atravesamos la era de la vulgar indiferencia. Pero no será inoportuno anticipar el día de la gloria con algún recuerdo, humilde siempreviva de la admiración ciudadana.

El había visto antes que nadie el problema exterior de España. ¿Le faltó energía para plan-

tarle?... ¿O fué que supo que nada conseguiría su empeño?... Había él coqueteado con las musas literarias. Había escrito aquel maravilloso prólogo de las cartas de Sor María de Agreda, que bastaría á la fama de un historiador. Había antes esbozado, en colaboración con Santiaño de Liniers, cuadros de una vida que aparecía entonces y que ahora impera: la prosaica vanidad de las clases medias, que se han apoderado del alma española para envilecerla y castigarla. Y esos dos ensayos son como dos avisos para riesgos futuros. Cuando Silvela esculpía el cuadro de la sociedad en los decadentes días de los Felipes, nos ponía en guardia contra lo pseudo-tradicional, y nos advertía contra una falsa corriente de la Historia. Y cuando con su amigo Liniers satirizaba la cursilería de los nuevos tiempos, mostraba con risas el abismo en que hemos caído. La prosa nos está matando.

Después de la catástrofe colonial, Silvela salvó la hacienda y el honor de la patria. Era un irónico, y, sin embargo, acometió una obra que parecía exclusiva de los ardorosos y entusiastas. Sobre las ruinas de lo viejo edificaba lo nuevo, y sonreía como si no creyese ni en lo pretérito ni en lo futuro. Es que bajo la ironía del incrédulo había un gran patriota. Villiers de L'Isle-Adam, en uno de sus cuentos admirables, atribuye á Aspasia esta frase que la hermosa milesia dirige á Alcibiades, el inquieto caudillo ateniense: «¿Quién eres tú, escéptico salvador de patrias?» Eso fué en aquellos días Silvela: un escéptico que ejecutaba la obra de un creyente.

Como orador, fué el reformista de la tribuna parlamentaria. Al extenso discurso de la vieja elocuencia doceañista y septembrina, sustituyó la oratoria corta, ceñida, escueta, sin una flor metafórica, sin un alarde de sabiduría inútil. Para hacer el resumen de un debate político, en que se habían consumido innumerables sesiones, y en que habían intervenido treinta ó cuarenta diputa-

dos, Silvela, como Presidente del Consejo, hablaba media hora. Y nada quedaba por contestar. Sólo el que está en lo alto de las cumbres ve la totalidad del panorama y lo encierra en el campo óptico de la retina.

Un día se cansó de perder el tiempo. Sentíase superior al ambiente, y le enojaba pelear con las medianías ensoberbecidas. Sin previo aviso, sin acto alguno preparatorio, se retiró á su hogar. «Regreso—decía—de un viaje largo y desagradable. Me restituyo á mi biblioteca.» Alguien le objetaba: «¿Le quedan aún tantas cosas que hacer en la política!» Y él respondía. «Acaso; pero, ¿me quedan tantos libros por leer... y me

va á faltar tiempo.» Moret le dijo entonces: «La opinión le sacará á usted de su retiro.» Silvela repuso: «Si no hay otro temor, puedo estar tranquilo. Dentro de pocos meses estaré en el panteón de los olvidados.»

De su rectitud y de su desinterés hay un rasgo.

Una importante Sociedad industrial le encargó la redacción de sus estatutos y escrituras fundamentales, y cuando estuvieron concluidos, le envió, en pago, pe-

setas 75.000, ó cosa tal. El devolvió la cantidad, diciendo que su trabajo sólo valía 6.000 pesetas, y no cobraría ni un céntimo más.

Amable y cortés recibía á cuantos le visitaban, aunque le eran molestísimos ciertos visitantes. Cierta diputado conservador, compañero de estudios universitarios de D. Francisco, y que era lento, aburrido é infatigable en el coloquio, solía ir á verle con frecuencia. Una tarde invernal en que Silvela se hallaba en su despacho, al amor de la lumbre, cerca de la lámpara, saboreando un libro predilecto, le anunciaron la llegada de aquel antiguo é insoportable amigo. Y cuando hubo dicho al servidor que pasara, exclamó, puestos los ojos en alto: «¿Señor, muchas son mis culpas!; pero ¿no bastarán á redimir las estas conversaciones con mi buen amigo X?»

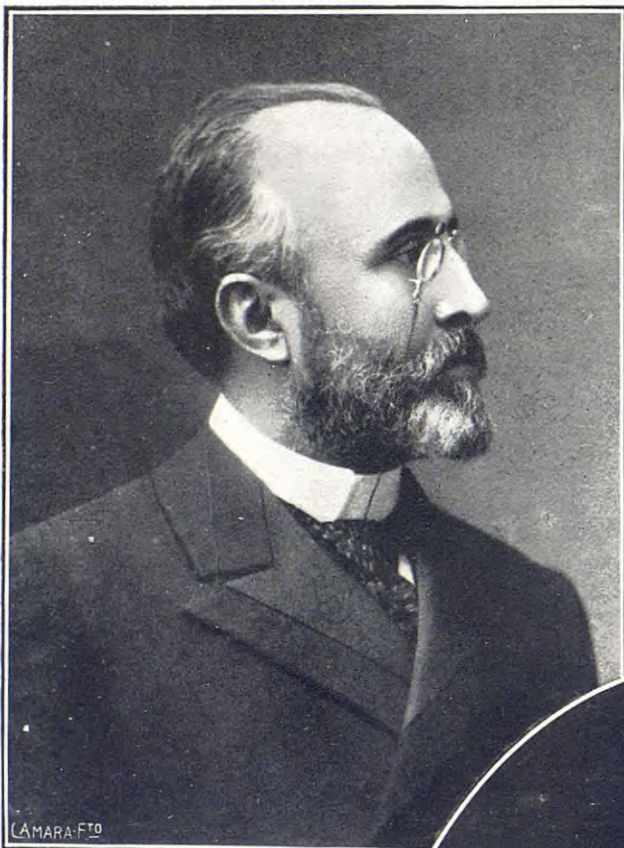
De Cánovas decía: «¡Qué gran hombre, si supiera oír!» De Salmerón: «¡Es un orador asombroso, pero pierde todas las batallas porque sólo emplea un arma: la artillería!» Admiraba á Castelar, mas le atribuía el defecto de abusar de sus lecturas y de apelar con exceso á las citas de la edad clásica. Una tarde en que el gran tribuno demócrata había pronunciado un discurso para protestar de la suspensión del Ayuntamiento de Alcira, acordada por el ministro de la Gobernación, Romero Robledo, salía Silvela del Congreso; y como se le interrogara acerca de lo que ocurría en el salón de sesiones, contestó: «Castelar ha puesto cátedra. Una oración maravillosa. Ahora habla de Pisistrato y de Atenas. Hasta mañana, lo más pronto, no podrá llegar á Antequera y á Romero.» Alguien elogiaba el régimen parlamentario, y decía: «¡Qué admirable es!» Silvela repuso. «¡Lástima que tenga víctimas obligadas!» «¿Qué víctimas?»—se le interrogó. El concluyó: «Los maceros, que están obligados á oírlo todo sin pestañear.» De ciertos eruditos decía: «Ellos saben todo lo que no nos importa.» De un poeta fácil é insubstancial: «Sabe hallar consonante á todas las palabras, menos á ésta: talento.» De un periodista adocenado, aunque famoso: «Da ciento en el clavo y ninguna en la herradura, porque le dolería.» De una dama fácil: «Como mujer no es un modelo; pero lo sería como hombre y diputado ministerial. Siempre tiene el sí en los labios.»

Para que Silvela ocupe en la vida española el lugar que merece, sólo hace falta que pase el tiempo.

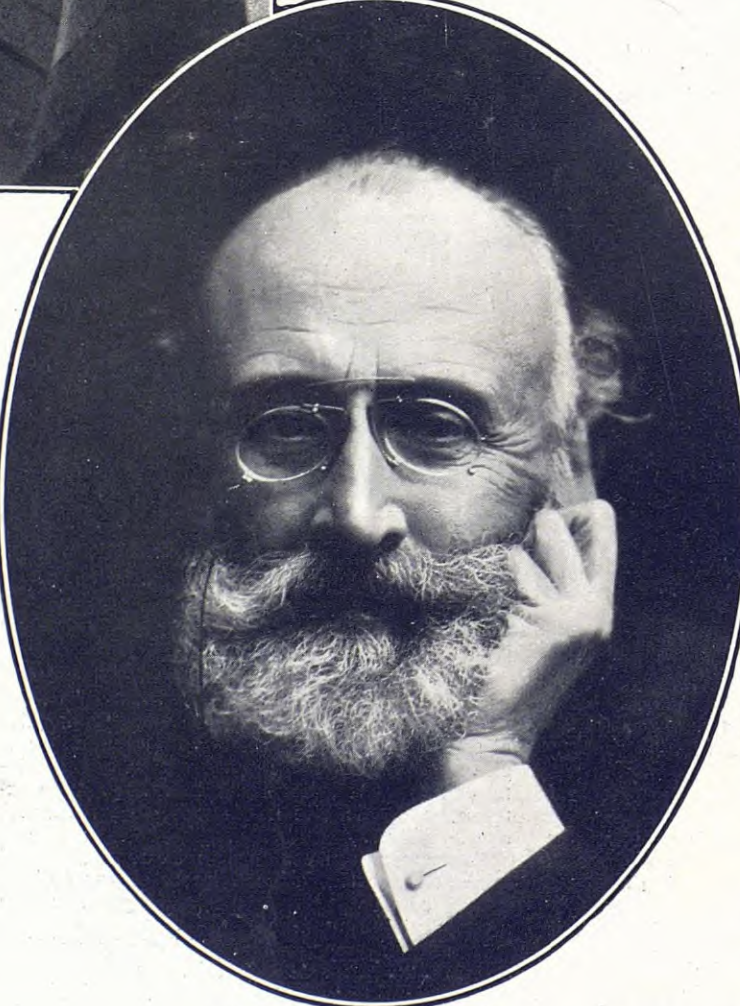
Esa es la labor justiciera de los años, que son los únicos obreros que nunca huelgan y que jamás realizan labor inútil.

Dentro de un par de lustros no quedará memoria de lo actual, y entonces comenzará á surgir la gran figura.

Silvela es una de las pocas personalidades de la política española que están destinadas á la resurrección.



Silvela, en 1895



Silvela, poco antes de su muerte

FOT. KAULAK

J. ORTEGA MUNILLA

MUCHOS DÍAS A PERROS

Por fin, la vaguedad violácea que forma el ramaje invernal en el Retiro se transformó en una molla de verdura clara y fresca. Desde mi ventana, he ido yo observando el cambio, y aun sin asomarme al cristal, hubiese conocido la llegada de la primavera al Parque de Madrid. Los vecinos de esta arboleda ya nos acostumbramos á que un distinto cántico anime las frondosidades en cada estación. En los nocturnos de Enero se oye la flauta de las aves de balada, bajo la luna, tal vez entre la nieve. A lo largo de las veladas del estío, suena desvanecidamente la Banda Municipal en el quiosco que sirve de eje á los veraneantes de la villa y corte. Nos despierta en los amaneceres otoñales la wagneriana algarabía de un millón de pájaros que preceden al sol. Por lo que toca á los crepúsculos intensos y embriagadores de Mayo, en la hora azul y perfumada del bosque, alborota, estalla, revienta el estruendo de muchos, muchísimos perros invisibles que ladran con una frenética desesperación.

He ahí el concurso canino que se celebra todos los años. En inacabables hileras de garitas se exhiben á despecho suyo las besitezuelas, desde el gozque diminuto y caprichoso, al mastín ó al danés, evocadores de la selva lobuna y del castillo feudal. A un lado dormitan y bostezan, la burguesía y la aristocracia. Enfrente gruñe la plebe. Para que no extrañen la pérdida del regazo femenino en que solían reposar, encontraron los chuchos de lujo la blandura de unos almohadones de cretona, de terciopelo ó de piel. Tampoco olvidaron sus amitas el adornarlos con la moña sonrosada, y la doncella con delantal de encajes que los cuida, de cuando en cuando regala con chocolates á los animalitos.

Por el contrario, las fieras enormes, huesudas y jadeantes, alardean de tumbarse en un lecho de pajas, y gustan de rodar vertiginosamente la cabezota, con chasquidos de las orejas y el tintineo de la carlanca y la cadena. Quedan los galgos, esbeltos y tontos hasta la estupidez, que muestran la aguda lengua trémula, que se dan topetazos contra las paredes de madera, que vierten el bebedero echándose el agua encima. Los *terriers*, limpios, redondos y vivarachos, representan la dorada mediocridad, sabrosa y bonancible como el tufo de la olla en un soleado mediodía. A unos y otros, á todos vence el monstruo exótico, en su desdeñosa quietud, enmarañada madeja de sedas, orquídea de sangre, alimaña favorita de la emperatriz de los gnomos, crisantemos infernales que nacen de un corazón que perteneció á cualquiera de los bufones de un rey...

Corresponde á la varia muchedumbre canina, la de sus dueños, no menos pintoresca. Observad cómo esos guardas de Medinaceli ó de la casa de Alba, parecen más agresivos que la iauria que custodian. Viene á recoger el galgo ruso, un chicuelo tan atolondrado y fino en la desproporción de la adolescencia, como su viviente juguete. La matrona que desborda de grasa y de lirismo sensiblero, y que envuelve su opulencia carnal en telas magníficas de color, se lleva un perrito constipado, panzudo y grotesco con su manteleta galoneada de oro. Los *terriers* pertenecen á las novias de los muchachitos libertinos, las ingenuas. Con dedos sutiles y gemados prende al monstruo que enviaron del Japón, la dama evaporada y casi artificial...

De antiguo sucede que á la caída de la tarde, lentas y ensimismadas parejas de enamorados se deslicen por la verja del Retiro. Es la hora y el lugar de los diálogos susurrados, las confidencias, el comprenderse, los besos furtivos. No se interrumpe á lo largo del año el desfile sonambulesco y sentimental. Y al ver cómo los rastreados idilios se multiplican en torno al bosque urbano, sin que las puertas les consientan aventurarse en el misterio faunescos, pensamos en otra expulsión de otro paraíso.

¡Oh, los crepúsculos inacabables de Londres, con sus borrosas siluetas apasionadas sobre el césped de plata! ¡Y allá en el jardín del Luxemburgo, el melencólico y la peripatética que caminan abrazados; sin que los juegos de los niños les distraigan de su éxtasis, que no mira nada, lleno de vida interior! Pero en Madrid, el lirismo y las sensualidades más espontáneos han de ocultarse, y se disfrazan de pecado, quizá para aumentar su atractivo...

Es una nochecita de Mayo, y pasan y pasan los amantes por la verja del Retiro. Y no comprenden cómo no canta un ruiseñor... Y por qué, en cambio, ladran tantos perros...

Sin embargo, nada más fácil... ¡Cada perro ladra á una luna de miel!

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

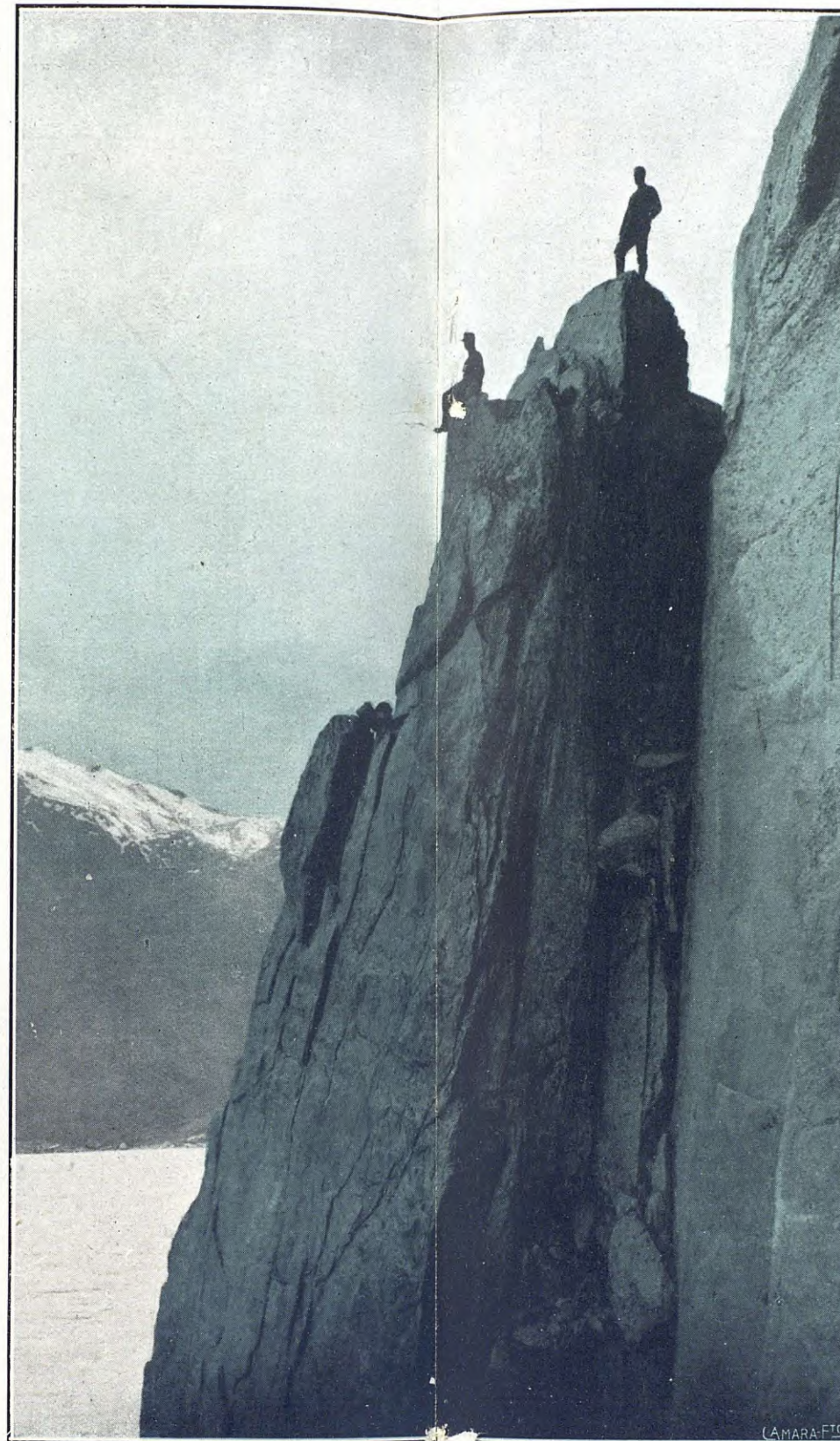




Convoy de aprovisionamiento en "skis", llevando víveres y correspondencia a un campamento situado a 3.000 metros de altura



Un oficial del Ejército suizo, en su puesto de observación, contemplando un espléndido panorama



Militares suizos atalayando, desde un magnífico punto de vista, un combate entre la Artillería italiana y austriaca, en los Alpes

FOTS. GABERLE
MALWIL-SUIZA

La Confederación helvética, ante el peligro de que los planes del Estado Mayor alemán ofrecieran un nuevo caso de violencia como el ocurrido en la infortunada Bélgica, hizo, no hace mucho tiempo, la movilización de sus fuerzas militares nacionales en aquella parte del territorio suizo que podía estar amenazado por un ataque. Vigilante y arma al brazo, ese Ejército helvético, tenido por uno de los más hábiles y aguerridos de Europa, aunque su total contingente no sea muy elevado, ofrece un magnífico ejemplo a las naciones neutrales. El servicio militar es obligatorio en la Confederación suiza, desde los veinte a los cincuenta y dos años, según la situación y la categoría alcanzada. El servicio en la primera situación (*Auszug*), periodo de instrucción militar, dura de 65 a 90 días, con siete u ocho cursos prácticos anuales de 11 a 14 días. Las fuerzas de la segunda situación, ó reserva (*landwehr*), son convocadas todos los años a un curso de prácticas, que dura, próximamente, dos semanas. En pie de paz se eleva el reclutamiento anual a unos 20.000 hombres. El efectivo total se acercó en estos últimos años, incluyendo los servicios auxiliares (sanidad, administración, tren de equipos, veterinaria, etcétera), a 300.000 hombres. La Infantería, perfectamente equipada y adiestrada, suma, aproximadamente, 150.000 hombres. Lo que distingue al infante suizo, debido a la constante práctica del arma de fuego portátil, es la exactitud de su tiro. El mismo *Kaiser* calificó en cierta ocasión a los soldados de Infantería suiza, luego de presenciar una maniobra del Ejército helvético, de *los mejores fusiles del mundo*. La Artillería también excelente, sobre todo la de montaña y de sitio (esta última dotada de los modelos más recientes), comprende 78 baterías de campaña y de montaña y 16 de sitio, mas otras tantas de artillería contra los dirigibles y aviones. Nuestras fotografías muestran algunos interesantes aspectos de las tropas suizas, practicando maniobras de guerra de montaña.



Soldados del Ejército alpino suizo, reclutados entre las aldeas montaÑesas, efectuando un penoso tránsito de un puesto de campaña a otro



Una patrulla de oficiales escalando la cresta de una montaña, en la frontera suizo-italiana

Francos Rodríguez en "Prensa Gráfica"

LO QUE DICE EL MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

HARÁ un año próximamente que nosotros, en esta misma sección, dedicamos á D. José Francos Rodríguez nuestros mejores y más sinceros elogios. Hablábamos entonces de que Francos, por su admirable talento, que le había llevado á las cumbres del periodismo, y por su historia política, durante la cual había desarrollado valiosas iniciativas, había entrado ya en la envidiable clasificación de hombre de Estado. Así era. García Prieto acaba de llevar á Francos al ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, que es el Departamento más deseado por los buenos patriotas que desean hacer de España un país que *sepa leer* y lea con *facilidad*.

Y como Francos, ante todo y sobre todo, es periodista y buen amigo, su cargo oficial no le hizo olvidarse de estos buenos compañeros de *Prensa Gráfica*, y una de estas pasadas mañanas, el actual ministro de Instrucción pública, insigne maestro de todos los que aquí trabajamos, nos honró con su visita...

Y mientras que D. José escuchaba frases agradables de unos y de otros, el inquieto periodista se decidió á dirigirle unas cuantas preguntas, cuyas contestaciones, palabra por palabra, quedaron grabadas en nuestra imaginación y después las depositamos en las cuartillas...

Caminábamos por nuestros talleres. Directores y redactores rodeaban al amigo y admirado ministro... El, satisfecho de haber triunfado en la vida, tenía frases agradables para todos... Alguien le dijo:

—Ya estábamos impacientes por que se le hiciera á usted justicia llevándole al ministerio de Instrucción...

El sonrió, y su sonrisa afable fué la expresión de su pensamiento, que forzosamente diría: «*Yo también tenía ganas*. Los hombres de aspiraciones y de talento luchamos por un ideal. Mi ideal es ser útil á mi Patria y que mi nombre quede en la historia de los que contribuyeron con su granito de arena á la edificación de la grandeza de España.»

Nosotros, entonces, aprovechamos la ocasión para preguntarle:

—Don José, ¿y qué plan de reformas tiene usted para la enseñanza?...

Sus ojos se apartaron de la rotativa que vomitaba centenares de pliegos impresos. Y, tras de mirarme fijamente, exclamó en tono de broma:

—Pero, ¿de qué se trata? ¿De una interviú á boca de jarro?...

—Un poco de vergüenza me da confesarlo; pero así es.

—Pues bien; hablaremos de mis planes y proyectos. Líbreme Dios de caer en la tentación de entrar en el ministerio derogando disposiciones para que nuevas Reales órdenes y nuevos Reales decretos se sumen á los que hacen de la enseñanza laberinto

*en cuyas obscuras sendas
tantos hombres se han perdido.*

Repito una vez más, que me anima el propósito de hacer que cumplan sus deberes quienes los tienen y sean realidades varios acuerdos que no pasaron del papel á la práctica, con mengua de los intereses trascendentales de la educación nacional. Hay que limitarse á funciones de policía, dando á esta palabra el noble sentido que le corresponde. El toque no está en nuevas leyes, sino en que se apliquen las dictadas. Pueden, pues, tranquilizarse las familias, los alumnos y los profesores. No habrá innovaciones que lamentar, aunque haya medidas de orden y disciplina.

—Pero, dentro de tal criterio, cabe la adopción de resoluciones de cierta trascendencia.

—Claro que sí. Hay que hacer mucho para que los catedráticos enseñen y los alumnos aprendan. Para que los catedráticos enseñen es preciso exigir el cumplimiento de sus obligaciones á quienes las olviden y dar á todos medios apropiados para que ejerzan su ministerio. Con cátedras lóbregas é insuficientes, con escasez de material científico, con malos ó insuficientes laboratorios y malas ó insuficientes clínicas, cuando los hay, no es posible una buena enseñanza. Es imprescindible educar á las nuevas generaciones para futuro provecho de la Patria...

—Bien; y á propósito de lo que interesa á España, ¿qué piensa usted de las Bellas Artes en relación á su cargo?

—Que á ellas dedicaré preferente atención. Sí, tal vez el más grande esplendor de España se lograría con que cuidáramos nuestros tesoros artísticos, capaces ellos solos de atraer



FOT. CAMPÚA



Francos Rodríguez en el despacho de nuestro director, el día en que vino á despedirse de sus compañeros de "Prensa Gráfica"

sobre esta nación las miradas del mundo entero, lo cual reporta á un tiempo mismo honra y provecho. El Museo del Prado, sin ir más lejos, está pidiendo con urgencia que en él se invierta el dinero que necesita para engrandecerse. Veinte salas nuevas habrá en la parte en construcción; pero las obras van á paso de tortuga, cuando requieran la mayor celeridad, y todo ello por falta de dinero. Y cuando las veinte salas estén en disposición de que las utilicen, á ellas se trasladarán los cuadros de la galería central y de otras estancias antiguas para que se puedan cambiar las techumbres, porque al asomarse á los tejados y apreciar el peligro que corre nuestra hermosa colección, se siente el escalofrío del terror.

—¿Peligro de incendio?...

—Hoy es imposible, por las medidas adoptadas, porque en el Museo no vive nadie, ni se queda nadie durante la noche, y la vigilancia externa es exquisita; pero, quien quita la ocasión... Además, hay peligro evidente del deterioro de los cuadros. Con la parte nueva del Museo y la actual habrá sitio para todas las obras y no ocurrirá lo de ahora, que están hacinadas obras maestras, y sin colocación muchas interesantes.

—¿Y lo de Goya?...

—Tengo la esperanza de conseguir que la iglesia de San Antonio vuelva á ser ermita. Se evitará de tal modo que el humo del incienso y de las velas deteriore las pinturas al temple del gran aragonés. Así también quedarán respetado el edificio y los altares, que son primorosos. Una misa dicha el día del Santo bastará para que no pierda el edificio su carácter religioso, y en la ermita podrán guardarse también recuerdos de Goya.

—Hágame usted alguna otra manifestación interesante.

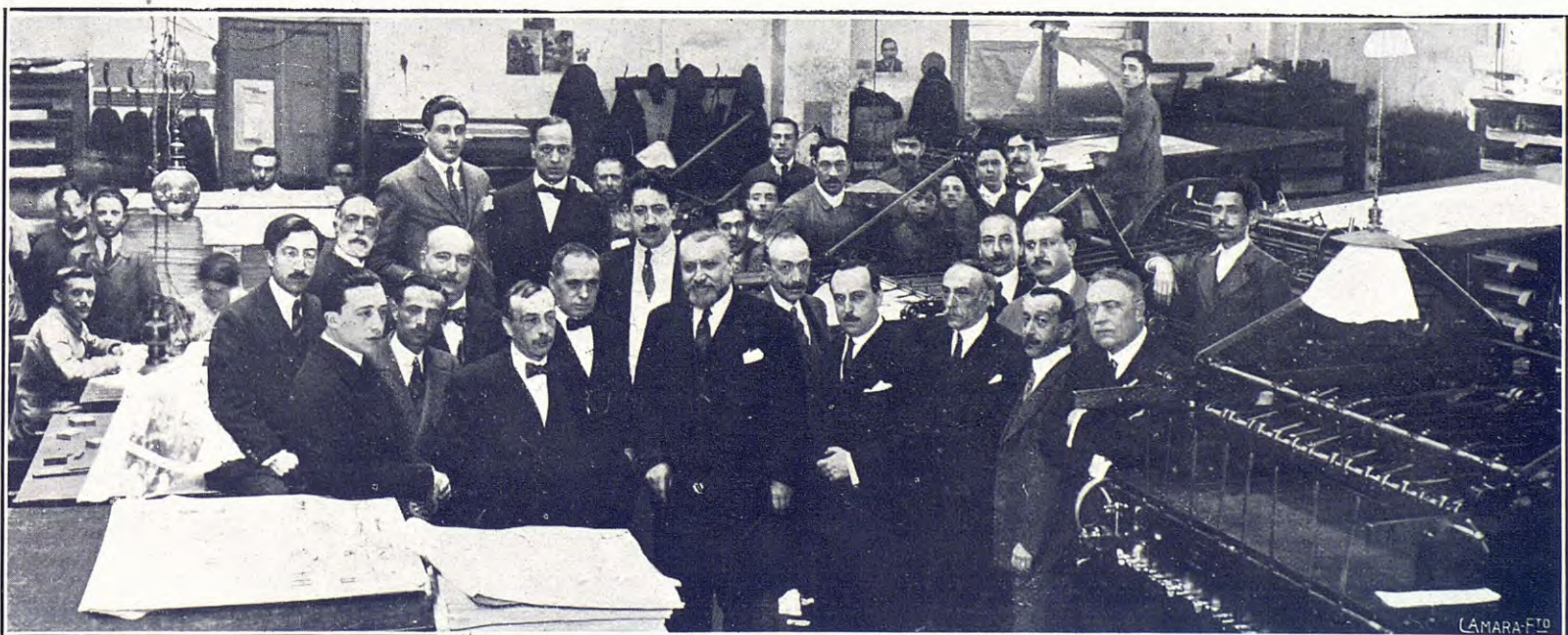
—Por todas las artísticas he de hacer cuanto esté en mi mano, respondiendo así á mis gustos constantes y, sobre todo, á los altos intereses de la educación española. Nada eleva tanto el espíritu del hombre como su amor á lo bello; nada dignifica tanto á una raza como el culto al Arte. Con un territorio pequeño fué Atenas el pueblo más poderoso del mundo, pues puso leyes al espíritu humano, leyes que todavía se acatan por las generaciones cultas de la tierra.

—¿Y usted seguirá sus visitas por los centros de enseñanza?

—Sin descanso. En ellas recojo los datos imprescindibles para la formación de un presupuesto que, sin fantasías ni exageraciones, sirva á la cultura nacional. Trataré de asuntos de tanto interés como la catalogación de monumentos de nuestras provincias, trabajo que se realiza y queda sin publicar; de mejoras en el llamado Museo de Arte Moderno, del que hace mucho tiempo soy patrono, bajo la presidencia del Sr. Cierva, y acompañando á prestigiosas personas; de la enseñanza artística, llevando, en cuanto me sea posible, representación al Consejo de Instrucción pública de manifestaciones que, como la Escultura, no la tienen en el alto Cuerpo. Haré, en fin, cuanto pueda, demostrando mi buena voluntad y mi amor antiguo, y cada vez más ardoroso, por cuanto importe al engrandecimiento de España.

Guardamos nuestras notas, de las cuales te damos hoy cuenta, lector. Piensa un momento en el analfabeto, que, aunque quiera, no puede leerlas... Y entonces comprenderás lo interesante que es la figura de un ministro de Instrucción pública.

EL CABALLERO AUDAZ



El ministro de Instrucción pública recorriendo los talleres de "Prensa Gráfica"

FOTS, CAMPÚA

LAS MUJERES MODERNAS INSTITUTRICES



HAY mucha gente que confunde á la institutriz con la señorita de compañía. Pues, con sólo fijarse en los nombres, no cabe confusión. «Institutriz», la que instruye, la que echa los cimientos educadores; «señorita de compañía», la que escolta, la que da guardia.

Hace años que, desde el *Heraldo* y desde *Nuevo Mundo*, abogamos por la creación de una Escuela de Institutrices. Esta Escuela de Institutrices existe ya, gracias al buen gobierno de Julio Burell. El maestro la creó, y la Escuela del Hogar tiene gran número de alumnas que siguen la carrera de institutrices.

Casi todas las que hay actualmente en España son inglesas, francesas ó alemanas. La «miss», la «fraulein» ó la «mademoiselle», en sus típicas variedades de Katy, de Gretchen ó de Suzanne, se encargan de educar á las niñas y niños de nuestra aristocracia y de nuestra alta burguesía.

¿Por qué, para los pequeños españoles, no ha de haber institutrices españolas? ¿Por qué se han de entregar los niños á educadoras extran-

jeras? Tolstoi, en su «Ana Karenine», se pronuncia contra la institutriz ex-

tranjera, alegando que las primeras impresiones no se olvidan tan fácilmente. —¿Es posible que una extranjera — viene á decir — no arrime el ascua á su sardina? ¿Es lógico que sienta una patria que no es la suya, á veces enemiga de la suya? Si al niño, desde chiquitín, no se le enseña á amar su patria y su raza, ¿qué hará este niño cuando llegue á hombre, ni por su raza ni por su patria?

Las observaciones del patriarca ruso son razonables, y el asunto tiene más importancia de lo que parece. Si disputamos al extranjero su influencia en el comercio, en el arte, en la literatura nacional, ¿cómo no disputársela en la educación infantil?

Claro es que el buen sentido rechaza los proteccionismos lesionadores. Todo hombre de sano juicio encontrará muy natural que, si la producción española es mala, fea y cara, y la extranjera buena, bonita y barata, compremos la extranjera y mandemos la nacional á freír espárragos. Pero, en idénticas circunstancias, lo natural, lo lógico, y hasta lo digno, será que prefiramos á lo extranjero lo nacional.

En el caso de las institutrices, ¿cuáles convienen más á los niños españoles? ¿Las españolas ó las extranjeras? Generalmente se pregoná que las extranjeras, alegando que enseñan más. ¿Más, qué? Se dirá que una inglesa, una alemana ó una francesa, es lógico que enseñen el inglés, el alemán y el francés mucho mejor que una española. Y sobre esto, naturalmente, nadie se va á poner á discutir. Pero la educación de un niño, ¿se cifra en aprender tal ó cual idioma? Entre una española que enseñe el francés, el inglés ó el alemán medianamente, pero que enseñe con amor, con devoción, con entusiasmo, la historia, el

arte, la literatura, la ciencia, la geografía, la producción de España, y una francesa, inglesa ó alemana que enseñe al pelo el idioma de su nación, pero á quien la producción, geografía, ciencia, literatura, arte é historia de España le importa un rábano, ¿qué institutriz debemos preferir los españoles?

No es que nosotros desdeñemos la importancia y utilidad de aprender lenguas extranjeras; pero entre no saber inglés, francés ó alemán, ó saberlo medianamente, y aprender lo que constituye el corazón y el entendimiento de muchos siglos españoles, preferimos mil veces esto último, precisamente por considerarlo lo primero.

Sobre que hoy los idiomas se aprenden en un decir Jesús, y sobre que los discos fonográficos sustituyen ya, en muchas partes, á los profesores, hay aquella deliciosa humorada de Fadrique Mendes: «Los idiomas no son más que instrumentos de trabajo. Se deben aprender para leer, para estudiar, para documentarse; pero no debe hablarse bien más que el idioma nacional. Todos los extranjeros deben hablarse mal, rematadamente mal.» La ironía de Eça de Queiroz adquiere, oyendo hablar idio-

mas extranjeros, categoría de principio; porque, excepto los rusos, que hablan cualquier idioma—hasta el japonés—como el suyo propio, casi todos los demás hombres no hablan bien, lo que se dice bien, otro idioma que el nacional. No hay, pues, que alborotar, ni subirse á la parra diciendo que se toman institutrices extranjeras porque las españolas no enseñan bien el francés, el inglés ó el alemán. ¡Hay que ver cómo enseñan el español las alemanas, las francesas y las inglesas!

Lo que importa, principalmente, es decidir la misión de las institutrices. ¿Se reduce á enseñar idiomas? ¿Sí? Entonces no hemos dicho nada. Sigán viniendo institutrices extranjeras y duro que es tarde con la «miss», la «fraulein» y la «demoiselle». ¿No se reduce sólo á enseñar idiomas, sino á enseñar, además de idiomas, toda una pedagogía espiritual y emocional, científica y práctica, que ha de hacer de los niños de hoy los ciudadanos de mañana? ¿No? Pues entonces, alto el matute; no sigamos labrando en almas españolas gustos franceses, ingleses ó alemanes. ¿Qué enseñan una «fraulein», una «demoiselle» ó una «miss», amén de sus idiomas respectivos? Pues enseñan pintura, música, labores, historia, geografía, declamación, literatura, muebles y decorado, confitería, artes de tocador, contabilidad y devociones. ¿Es que todas estas materias que enseñan las institutrices extranjeras no pueden enseñarlas las españolas? ¿Hay alguna dificultad para que las españolas sean tan maestras de estas nociones como las inglesas, francesas ó alemanas?

La Escuela del Hogar está formando ya una generación de institutrices españolas para quienes la cursilería extranjerizante y la inconsciencia nacional comienzan á formar un ambiente hostil. Conviene prevenirse contra la injusticia y contra el peligro de que nuestras extranjerizadas aristócratas y nuestras burguesas de reata den en la flor de rechazar institutrices españolas, no por ser españolas, sino por no ser extranjeras.

Se trata, amén del porvenir de muchas españolas estudiosas é inteligentes, de algo que importa más aún: del rescate espiritual de nuestra infancia, hoy tutelada, sugestionada, moldeada por institutrices extranjeras...

Cristóbal DE CASTRO

DIBUJO DE RAMÍREZ

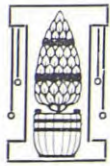


LA ESFERA



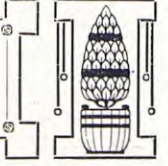
INTERMEDIO MUSICAL

Apuntes de R. Marín



UNA RIQUEZA MARAVILLOSA

LOS MONTES DEL LITORAL CANTÁBRICO



El título de este artículo parece arrancado a un diario amarillo de Yankilandia; pero es una realidad tangible y realizable. Lo primero, porque se observa en las fotografías y puede verse en la realidad, y lo segundo, porque puede atestiguarlo el ilustre patricio D. Mario Adán de Yarza, que en el ocaso de su vida recoge el producto espléndido de su fe y de su constancia.

El padre de D. Mario, perteneciente a ilustre cuna, plantó en el parque de su palacio de Lequeitio, hace más de cuarenta años, una inmensa variedad de árboles, y especialmente de coníferas (pinos, abetos y cipreses) de todas las especies indígenas y exóticas conocidas.

Su hijo, respondiendo a la tradición de su noble familia, arraigada por siglos en el solar vasco, veía con pena la desaparición constante de los hermosos bosques que un día coronaban los altivos montes que oponen al bravo Cantábrico sus ingentes moles. Pensó en iniciar la repoblación de aquellas soledades envueltas en brumas, y observando que el hermoso pino parasol (pinus pinea) completaba espléndido el dulce paisaje del caserío vascongado, y acatando la opinión entonces dominante de que



El ilustre caballero vizcaíno D. Mario Adán de Yarza al pie de un "Cupressus Macrocarpa", de nueve metros de circunferencia y cuarenta y dos años de edad. Su madera es incorruptible, de gran aplicación para postes, pero su plantación requiere especial cuidado

las especies forestales exóticas no podrían arraigar en nuestro suelo, completando tal error con el de suponer que la madera de los árboles de rápido crecimiento no había de ser útil, se decidió por iniciar la repoblación con aquella especie forestal. Una epidemia arrasó a los pocos años todas sus plantaciones, como después otra plaga semejante ha destruido grandes poblados de pino marítimo (pinus pinaster), especie también indígena.

No parece sino que la decadencia del individuo se manifiesta igualmente en las especies que no reciben nuevo vigor por medio de la emigración.

El Sr. Adán de Yarza había visto crecer los árboles plantados por su padre y había observado que entre los pinos, el llamado *insignis*, procedente de Méjico, alcanzaba desarrollos muy superiores a los que se notaban en todos los demás, incluso al compararlo con el *pinus silvestris*, especie que se desarrolla en el

Guadarrama con las hermosuras de aspecto que son de todos conocidas. Decidió valientemente cerrar contra todas las rutinas y plantar el pino *insignis* en millares de hectáreas de su propiedad.

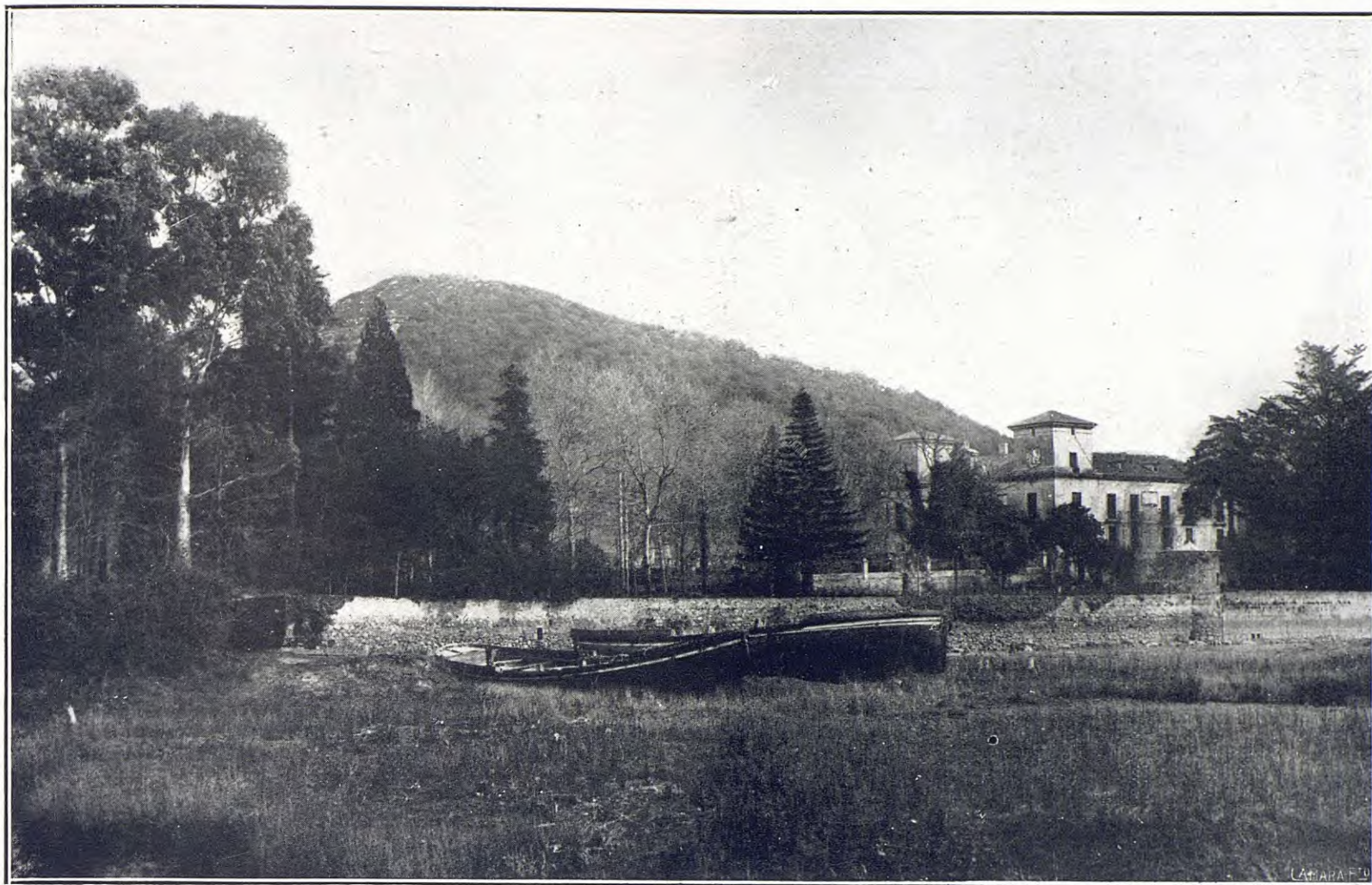
Han transcurrido desde entonces menos de treinta años, y hoy día



Un detalle del bosque de Derio, propiedad del Sr. Adán de Yarza



Una vista del Parque de Lequeitio, propiedad del Sr. Adán de Yarza



Palacio y parque del Sr. Adán de Yarza, en Lequeitio

el Sr. Adán de Yarza posee una enorme riqueza; sus montes de Vizcaya son gala de la provincia; las serrerías dan animación y trabajo á varios pueblos, y tiene la satisfacción inmensa de haber descubierto á sus contemporáneos la manera de embellecer su tierra y de obtener pingües beneficios.

En la última plana de este número se reproduce en su tamaño natural la sección transversal de un pino *insignis*. Contando los círculos de su crecimiento se ve que la edad del pino no llega á los ocho años. Su diámetro es de 20 centímetros, y no se trata de un ejemplar excepcional, pues de dimensiones análogas son todos los que se hallan en el monte de Lesaca, de donde se cortó, por el único motivo de que el viento había roto su guía. No hay que establecer los cálculos, sin embargo, sobre esta base; pero, tomando la de las experiencias del Sr. Adán de Yarza, resulta que la plantación de una hectárea con cierre y reposición de plantas (sin contar el valor del terreno, que en pleno monte es muy reducido), no pasa de 250 pesetas, habiendo colocado en tal superficie 2.500 plantas de dos años.

A los treinta años, y hechas en el intervalo entresacas con muy provechosos rendimientos, quedan sobre el terreno unos 850 árboles, á unos tres metros y medio de distancia.

Estos árboles miden como promedio 21 metros de altura y 57 centímetros de diámetro.

El precio de estos árboles en tiempo normal (hoy mucho más elevado), teniendo en cuenta que las distancias al mar son reducidas, no es menor de 12 pesetas, lo que da un rendimiento de más de 10.000 pesetas por hectárea.

Pero hay además otra ventaja que en los tiempos actuales es decisiva.

La industria del papel, que consume cantidades importantes de chopo (y entre ellas el canadiense como más recomendable), puede utilizar estos árboles desde que alcancen en su base un diámetro de 20 á 25 centímetros, para la fabricación de celulosa y pasta mecánica, y el *pinus insignis*.

nis llega á tal desarrollo antes de los veinte años.

No es el de una revista como LA ESFERA lugar adecuado para establecer en sus bellas páginas las feas fórmulas algebraicas, y, por tanto, ahorrando al lector el áspero camino, puede decirse que, cuando el transporte de la madera hasta las fábricas de papel no exceda de 10 pesetas en tonelada, la hectárea de monte plantada con *pinus insignis* puede producir 4.000 ó 5.000 pesetas entre los veinte y veinticinco años siguientes á la plantación.

El *pinus insignis* no se da bien en el interior de España; pero en Galicia, Asturias, Santan-

der y las Vascongadas, las Corporaciones, Sociedades y particulares que deseen, á la vez que mejorar el clima y embellecer su territorio, obtener rendimientos importantes, deben plantar el *pinus insignis*, alternándolo con el *pinus hamiltoni*, llamado también marítimo de Corte, especie igualmente de buen desarrollo. Con ello puede prevenirse alternativamente cualquier plaga del campo, aunque hasta ahora no se ha presentado en las plantaciones de *pinus insignis*. En resumen: gastando en una hectárea de monte que puede valer de 100 á 200 pesetas, se obtienen á los veinte años 4.000 pesetas. ¿Es exagerado el título puesto á este artículo? No. El Estado, las Diputaciones y los particulares deben leer, meditar y... plantar.



Una masa de arbolado de "pinus insignis"

FOTS. ESPIGA

N. M. URGOITI

EL CARTERO DE ALDEA



La emoción de la carta: ese misterio blanco que se nos aparece oculto tras los dobleces de un pedacito de papel... Vosotros, hombres de ciudad, desdenáis, sin que acaso hayáis nunca sentido el deleite de esa emoción, la carta que os llega. ¡Se reciben tantas en el curso del día, y algunas tan enojosas! ¿Verdad? Sin embargo, la carta, en sí, no es responsable de que vuestra vida sea complicada, molesta, fastidiosa.

La emoción de la carta es una emoción ingenua, ligeramente nerviosa y trepidante; es como una caricia cosquilleante que el solo anuncio de ella pone en vuestros labios un conato de sonrisa.

La emoción de la carta es ingenua, infantil; deleite sólo apreciable para espíritus sencillos, de escasa complicación cerebral. El rústico, el campesino, ese habitador secular del pequeño pueblo, de la apacible aldea o del solitario y perdido caserío; ese espíritu serenado en la paz del aislamiento, es el único que pudiera explicarnos con minuciosidad de niño reflexivo, cómo es esa emoción de la carta inesperada que nos llega desde un lugar para nosotros ignoto á decirnos ó á revelarnos que allá lejos tenemos un amigo ó un afecto, algo que, á pesar de la distancia, se halla relacionado con nosotros. Ese algo—que lo mismo puede ser trascendental que frívolo—nos

ofrece invariablemente idéntica emoción; cuando llega á nosotros, bajo la frágil plica del sobre, ese algo misterioso que vamos á descubrir, nos saluda primero con una grata fragancia, como una racha de viento que al pasar por un jardín robó aromas y al chocar con nosotros nos regala con una sutil caricia de perfumes.

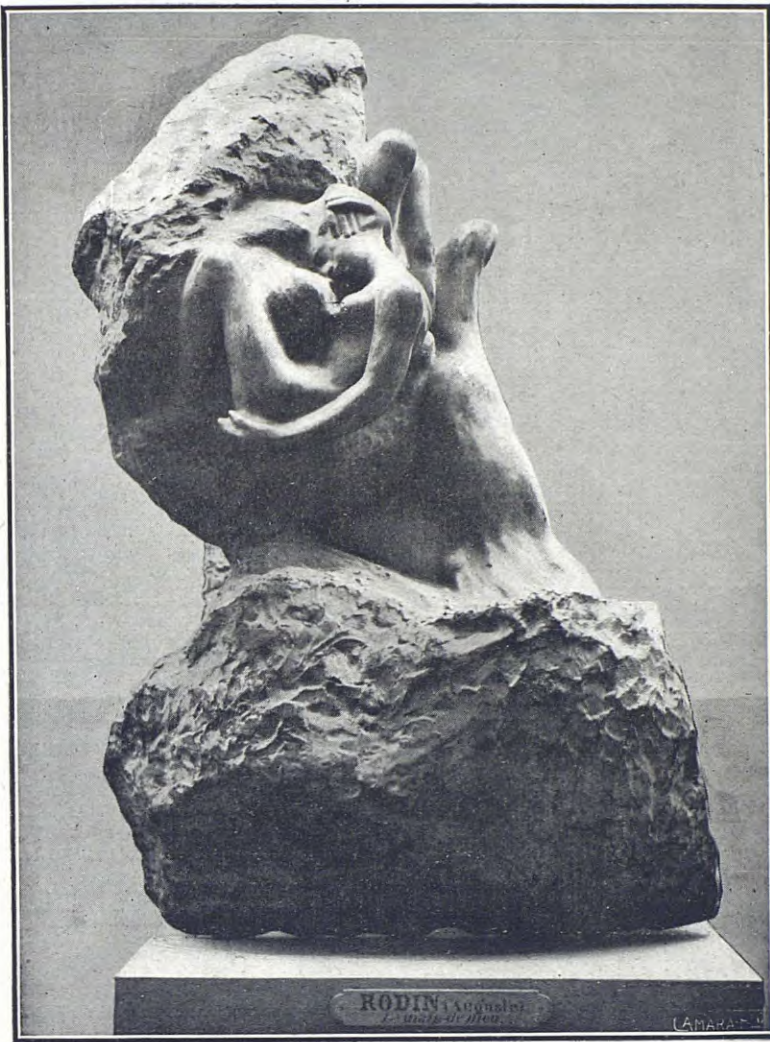
Y este mágico poder de dulce y sencilla emotividad, que la carta ofrece en el apacible ambiente de la aldea, es el mismo que convierte á la humilde figura del portador en un personaje de dorada leyenda. El cartero de ciudad es para nosotros una persona indiferente, un sér vulgar, de tan escaso relieve, que jamás nos ocupa un momento la imaginación. Pero en el pueblo, en la aldea, en el apartado y solitario caserío, el peatón, hombre rústico y sencillo, se transforma, por gracia del mágico poder de esos pequeños talismanes—arquetas misteriosas figuradas con los dobleces de un trozo de papel que va repartiendo con prodigalidad sonriente—en una aparición fantástica, que se presenta á los ojos con las áureas y albas galas de un caballero Lohengrin: es el caballero de la Ilusión, al que todos rinden la pleitesía de un ensueño breve ó prolongado, según que el alma, en el largo curso de las horas del vivir, haya agotado más ó menos su caudal de emoción.

Quando aún escasamente se halla cerca del cruce, jinete en su mansa cabalgadura, el caballero cartero, el caballero Ilusión, envuelto por la planta en una leve nubecilla de polvo, y rodeado lo alto de su figura con el suave oro de luz que el crepúsculo pone á su espalda como un nimbo, dos andarines sempiternos de todas las afueras de todos los pueblos, le salen al paso para hacerle la salutación de bienllegado: uno es el rapaz travieso, hurtador de huertas y cercados, y el otro es el señor cura, inveterado paseante del atardecer, que conoce de memoria, como los párrafos de su devocionario, todas las sendas, vericuetos y atajos que rodean las lindes del pueblo. Y el cartero, al detener su andadura ante sus consabidos salutores y curiosos, al tiempo de rebuscar, con ademanes lentos, en su bolsón de cuero, sonríe, cachazudo y bonachón; sonríe dulcemente, constantemente, porque en sus oídos suena—él tiene también goce de ensueño—la caricia de aquella voz fresca y juvenil de la moza enamoradica que canta á lo lejos:

*Y es el cartero,
después del otro,
á quien más quiero.*

FERNANDO MOTA

FOT. RIOJA DE PABLO



"La Mano de Dios", escultura de Augusto Rodin

QUÉ hay en la obra proteica, polifórmica de este hombre, que nos seduce por clásico en las viejas consagraciones y que nos sorprende por audaz en las impaciencias modernas? Parece de ayer por cómo los ecos están ya bien impregnados de su nombre y de su historia, y, sin embargo, la fuerza conceptiva y la estilización creadora de Bourdelle, por ejemplo, ó la gracia poderosamente rítmica, el encanto de canción espontánea y popular—de un pueblo que hubiesen moldeado todos los refinamientos intelectivos y sensuales—que caracteriza á Bernard, están latentes y primarios en Augusto Rodin.

Rodin arranca de la vida, pero se empapó en la tradición clásica. Parece romper los cánones escultóricos; pero los descompone como un niño curioso de los interiores secretos y capaz luego de recomponerlos, ya despojados de su enigma.

Eugenio Carrière, que escribía de arte con la misma agudeza emocional que pintaba cuadros, decía en el prefacio del catálogo de la Exposición Rodin el año 1900:

«El arte de Rodin surge de la tierra semejante á los bloques gigantes, rocas ó dólmenes que afirman las soledades y que en cuya grandeza heroica se reconoce el hombre.

»La transmisión del pensamiento por el arte, como la transmisión de la vida, es obra de pasión y de amor.

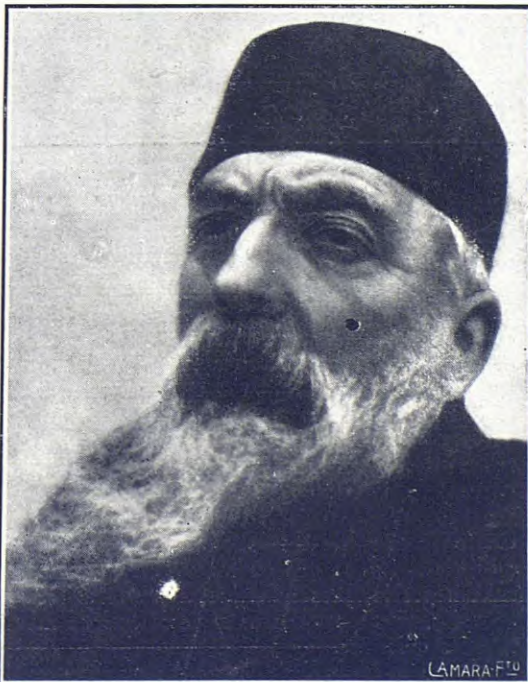
»La pasión, de la cual Rodin es obediente servidor, le ha hecho descubrir las leyes capaces de expresarla, y ella le ha dado el sentido de los volúmenes y la elección del impulso expresivo.»

Esta pasión es la que le ha salvado y la que le ha glorificado. Luchó en sus comienzos—los verdaderos comienzos, no aquellos de las inconsistentes influencias primeras—con la renovación de valores y de conceptos que quería implantar. Tan conocida su historia, no sería pertinente recordar ahora las anécdotas de las obras rechazadas, de los ataques incomprensivos, de las burlas que ha-

bían de rebotar, en bochorno, contra los burlones.

Hoy todo eso está un poco lejano. Rodin ha adquirido incluso el derecho de ser immortalizado en piedra, con la actitud de dios desnudo que diera á Hugo, ó con el altivo orgullo del Balzac que indignó á los retrasados.

Augusto Rodin presenta en la Exposición Francesa de Barcelona cinco obras: los bustos del pintor Puvis de Chavannes, del escultor Dalou y de una dama; el *San Juan Bautista* y *La Mano de Dios*.

AUGUSTO RODIN
Gran escultor francés

El *San Juan* avanza en el vestíbulo como recibiendo al visitante. De otro modo más gallardo avanza la *Victoria de Samotracia*, en el Louvre.

Sin embargo, este *San Juan* es de los más característicos del primer Rodin. Insinúa ya las futuras rebeldías contra los fríos academicismos; fué á buscar con él las pretéritas tradiciones francesas. Está modelado después de visitar Rodin las catedrales de Chartres y de Reims; pero no enalcentura el pensamiento como otras obras posteriores. Han pasado ya treinta y siete años desde que lo presentó en el Salón de 1880 y lo premiaban con una tercera medalla...

Y en la Exposición siguiente, esta *Mano de Dios*, de tan original concepción y ya más amplia, más genial de técnica, como un símbolo de su propia mano, que había de crear toda una humanidad de piedra ó de bronce, inmortal.

Los bustos pertenecen á la serie de retratos que, como los de Jean Paul Baudens, Rochefort, Legros, Octavio Mirbeau, habían de representar personalidades artísticas y literarias de su época, de esta época del «segundo comienzo».

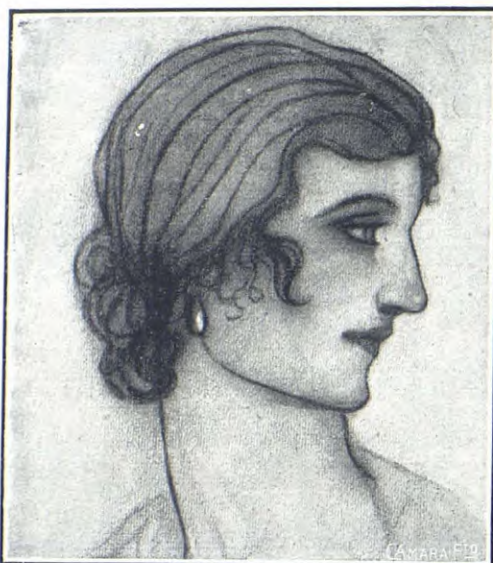
Por eso, las cinco esculturas de la Exposición Francesa hablan de un Rodin anterior, un Rodin ya «comprendido» por el Estado. Incluso el *San Juan Bautista*, ostenta esta hoja de parra tan absurda, que indica hasta qué punto los Museos están protegidos contra el otoño.

Hubiéramos deseado más el otro Rodin que había de nacer del creador de *San Juan Bautista* y de *La Mano de Dios*, el Rodin que se consideró por algunos exagerado, y cuya exageración defendió el ímpetu generoso y la videncia artística de Octavio Mirbeau con estas palabras:

«Precisamente por la exageración se precisa y se determina el carácter de una obra, y no solamente realiza su expresión interior, sino que fija su verdadero volumen y le da sus verdaderas proporciones.»

ARTISTAS
CONTEMPORÁNEOS

ENRIQUE OCHOA



"Carmela"



"Sirena"

(Dibujos de Enrique Ochoa)



"Minerva"

EN los comienzos de la biografía de Brunellesco, dice Jorge Vasari: «Muchos son creados por la Naturaleza pequeños de persona ó aspecto, quienes tienen el ánimo lleno de tanta grandeza y el corazón de tan desmesurada insaciabilidad, que si no emprenden cosas difíciles ó casi imposibles hasta ponerlas término, con grande maravilla de quien las ve, jamás se dan reposo en su vida mortal. Y tantas cosas cuantas la ocasión pone en manos de aquéllos, por viles y bajas que sean, llegan á convertirse en preciadas y excelsas por obra suya...»

Enrique Ochoa es uno de estos hombres «pequeños de persona» y con el ánimo lleno de grandeza y el corazón lleno de insaciabilidad.

Cuando le conocí, aún se ahincaba más en el pensamiento de quien le veía, esta convicción de su flaqueza, de su desarmado desamparo frente á la vida. Se adornaba con encajes el cuello y las muñecas, vestía con panas que mentían, en sus hechuras y colores, terciopelos de cuatrocientista, y se le desmayaba más el acento en cadencias rítmicas y melancólicas...

Pero Enrique Ochoa va más allá de lo que su aspecto externo parece limitar. Dentro del cuerpillo menudo, detrás de las palabras lánguidas y tímidas y de las pupilas emocionadas en infantiles asombros, hay un recio y viril temperamento. No de la fuerza brota la dulzura, como dice el adagio latino—*e forti egressa est dulcedo*—, sino que su dulzura engendra suficiente fuerza para terminar, en una bella parábola, dulcemente otra vez.

Enrique Ochoa se encontró demasiado pronto entregado á sí mismo y por circunstancias trágicas.



ENRIQUE OCHOA

Notable pintor y dibujante

cas. Sus padres se hundieron en la sombra de un modo dramático. Para el adolescente que tenía encalcenturada el alma por el espanto, todos los caminos ofrecían esa hostilidad oscura y muda de los enigmas. Y, sin embargo, era preciso avanzar, porque estaba solo en el mundo, y detrás de él la tierra se había desmoronado.

Afortunadamente, Enrique Ochoa supo resistir todas las asechanzas: las de la miseria y las del virtuosismo infecundo. Devolvió á la vida demasiado prosaica creaciones demasiado poéticas. Conforme la realidad le atraía hacia abajo, como esas viejas brujas que en las sanguinas goyescas sujetan por los pies á las brujas juveniles ávidas de volar, más locos deseos le acometían de irrealizables quimeras.

Y esto le ha salvado. Hoy día empieza ya á imponer su derecho al ensueño porque el ensueño le consiente vivir al otro lado de las audacias estériles y de las ingenuas extravagancias, y al otro

lado también de las tristezas inconfesables, de las humillaciones pretéritas...

Dos años han sido suficientes para el triunfo. El mozo desconocido y desorientado, de los encajes presuntuosos, de las tímidas melenas y las obsesiones de cenáculo bohemio, que expuso en los salones del Turismo Hispano-Americano, es ahora un artista serio, consciente y profundo, cuyo nombre sirve como irrefutable garantía de belleza en las principales Revistas españolas.

ooo

Enrique Ochoa ha reunido en el prestigioso Salón *Arte Moderno*, hasta cincuenta dibujos y retratos bellamente representativos de lo que su arte significa en la actualidad.

Se ha dicho por alguien que este arte del admirable dibujante está aquejado de reminiscencias italianas que pone sobre la coetánea gracia de las mujeres de hoy un hieratismo de lejanas mujeres de Museo. Y como una consecuencia de tal influencia retrospectiva, se insinúa la falta de novedad, de originalidad.

«La novedad en la pintura—escribió en cierta ocasión Nicolás Poussin—no consiste en interpretar un asunto que todavía no se haya visto representado, sino en la buena y nueva disposición de la expresión. Por muy común y manido que esté un asunto se cambia en nuevo y singular. Inventar en arte es pensar en ese arte, es descubrir armonías propias á ese arte.»

Estas palabras con que el gran pintor francés defendió su credo estético, tienen ahora la pertinencia de una definición del dibujo contemporáneo en España, y, sobre todo, del dibujo de Ochoa.



"Retrato".—Manuel Bujados



"Retrato".—Nicolás Anónimo



"La nave", dibujo de Enrique Ochoa

Piensa sobre su arte, lo contrasta con la cultura literaria que Ruskin exigía á los pintores como salvaguardia contra el fracaso. Nada hay injustificado ni desprovisto de lógicos antecedentes; nada podría ser rechazado por exceso de inconsciencia. Y no obstante, toda su obra da una sensación de espontaneidad, de jugosa frescura, de instintivos é ingenuos ritmos hallados por primera vez.

He aquí el mérito del temperamento de Ochoa, que, enriquecido por la cultura literaria y por la educación artística, no ha perdido ninguna de sus nativas y personales cualidades. Se piensa ante sus dibujos en las fuentes complicadas, fastuosas, de Versalles ó de Aranjuez, que en sus entrañas de piedra han abierto innumerables surcos para que surja el agua pura, diáfana y cantarina.

El motivo esencial del arte de Enrique Ochoa es la mujer. Divino, capitoso y mareador perfume de mujer envuelve toda su obra.

Mujeres idealizadas, sublimadas en irreales éxtasis; mujeres de carnes morenas y cálidas donde los ojos brillan como gemas caídas en la arena abrasada del desierto; mujeres donde el misticismo se ha cobijado como una golondrina en un retorno vernal, y mujeres donde la lujuria ensan-

gria los labios y extravía las agarenas pupilas; mujeres que dejan en el espíritu la huella tímida y odorante de una flor, y mujeres que lo devastan en la furia destructora de un incendio empujado por el huracán; mujeres que despiertan los recuerdos cándidos de la primera novia, y mujeres que suspenden los latidos del corazón, como si de pronto se abriera un abismo á nuestros pies ó viéramos avanzar el agudo surco luminoso de una espada buscándonos la frente. Mujeres de pecado y mujeres de redención...

Y, además, mujeres de ayer y de hoy, fundidas, eternizadas, retadoras de los siglos con el prestigio irresistible de su predominio sexual.

Porque nada importa el leonardesco reposo en que estas mujeres se ofrecen—«es preciso que tengan los retratos femeninos un aspecto de recogimiento y de modestia» (Leonardo de Vinci)—ni que resuciten en el siglo XX los perfiles puros de medalla sobre los planos y desnudos fondos, de la Bianca María Sforza, de Ambrogio de Predis ó la Giovanna de Tornabuoni, de Guirlandajo; no importa más que sean retratos de bailarinas ó de cantantes ó de aristócratas contemporáneas; nada significa que alcen sus brazos para formar un arco á la desnudez del cuerpo núbil ó que crucen

sus manos sobre el regazo *ses deux mains pales, ses mains aux bagues barbares* (Moreas).

Al lado de estas mujeres Enrique Ochoa pone los hombres. Pero éstos sí son de hoy. A pesar de que el vigor del trazo recuerde los viejos grabados de los maestros germánicos, únicamente de hoy son los mancebos de rostros afeitados y pálidos, de ojos fatigados, de bocas derrumbadas en un rictus de melancolía y sensualidad supercivilizadas.

Y, por último, los paisajes. Paisajes quiméricos que hablan del Oriente lejano. Son virginales y augustos. El color hace fiestas grandiosas en ellos. La fantasía ajena se perdería en ellos como un peregrino tímido, cegarían en su luminosidad los miopes de la imaginación; tropezarían en la multiforme riqueza de los arabescos y de las líneas los que se han acostumbrado á frecuentar no más que las áridas estepas castellanas.

Por todo esto, Enrique Ochoa nos parece digno de ser exaltado y alentado. Asistimos con esta Exposición á la auroral promesa de un gran artista, de uno de los pocos elegidos que sabrán destacarse con perdurable relieve de entre sus contemporáneos.

SILVIO LAGO



LEYENDAS RELIGIOSAS

LA VIRGEN DE LOS DESAMPARADOS



El segundo domingo del mes riente y bello de las flores, es el preferido por la piedad de Valencia para festejar a la Virgen en su advocación de «Madre de Desamparados». La fragancia de los huertos y jardines, y la adoración que siente el pueblo por su patrona, parecen rivalizar en entusiasmo y en manifestaciones de este entusiasmo.

El valenciano neto, el amante de las tradiciones, el mismo que abdicará de todo antes que dejar de roer los clásicos *porrats* de San Valero, recorrer *les falles* de San José ó ver sacar *les roques* en el Corpus, ese no puede permitirse el delito de *lesa terreta*, dejando de asistir a la misa primera que en tal día se celebra en la capilla de la milagrosa imagen. Y luego, al salir del templo, recrearse examinando con toda minucia la plaza donde aquél radica, convertida por obra de los artistas en soñado jardín de encantamiento.

La fuente, situada en el centro de la plaza, ha desaparecido bajo monumental templete de atrevida y bella forma, hábilmente interpretado en los motivos que lo integran, con flores combinadas en sus tonos para dar un conjunto de estupenda belleza; y como si el estímulo espolease más y más la fantasía del artista valenciano, en un alarde de genio ha construido un altar enorme, también de flores, que cubre el frontispicio de la iglesia; la mesa, el dosel, los tapices laterales, todo es flor que forma esplendoroso marco a una imagen de la Virgen, trasunto de la principal. Esta, sólo en contadísimas veces de fiestas centenarias ó de asoladoras pestes, es bañada por los rayos solares al recorrer las calles valentinas.

Las floristas, homenajeando a su reina, trasladan en tal día sus puestos a la plaza de la Virgen; y es impresión que jamás se olvida, pasearse por aquel paraíso, bajo la sombra de enormes toldos, sumergido en un ambiente de rosas y azahares y contemplando la pálida belleza de las mujeres valencianas.

Pero hay un año en que la fatalidad impide al valenciano de pura sangre asistir a las fiestas; cruel dolencia le retiene en el lecho, quizá poniendo en peligro su vida, y desde allí escucha los volteos de campanas anunciando el paso de la Virgen, los acordes lejanos de las músicas que la acompañan y hasta creyera percibir los aromas de las rosas que, deshojadas, caen en cascada sobre el manto de la imagen, arrojadas desde los balcones colgados de tapices y damascos.

Una plegaria ferviente brota de sus labios, en tanto que sus ojos, nublados en lágrimas, ponen su mirar en el azul infinito; espera confiado la salud, porque la Virgen es muy milagrosa, es obra de ángeles..., y por su pensamiento cruza el recuerdo de lo que la historia y la leyenda cuentan...

... Corría el año 1409, y al dirigirse, el 24 de Febrero, primer domingo de Cuaresma, el Beato Fray Juan Gilabert Jofré, de la orden de la Merced, a la Basílica Catedral para predicar, tropezó en su camino con un grupo de pilluelos que insultaban y apedreaban a un pobre loco. Aquella impresión quedó patente en su memoria, y al terminar su plática, no pudo menos de añadir:

—En grandes obras de piedad y misericordia tiene reconocidos nuestro pueblo sus sentimientos para con el prójimo; pero le falta una, quizá la mejor de entre todas, y que pondría digno remate a la liberalidad de sus sentimientos; es ella una casa donde albergar los pobres inocentes y furiosos que permanecen desamparados por las calles, donde mueren de frío ó de hambre, y lo que es aun peor, sufriendo los insultos y los golpes de las personas malvadas, que los hieren y matan.

Aquellas palabras hallaron el deseado eco, y unos buenos pa-



NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS
(A los pies de la Virgen se ve la ciudad de Valencia amurallada)

De una estampa antigua

tricios corrieron a ofrecer al padre Jofré su cooperación y dinero.

Logradas las oportunas licencias del Papa Benedicto XIII y los privilegios del monarca Martín el Humano, quedó fundado, en 1410, el primer hospital del mundo para locos (1) é inocentes, y, dos años después, la Cofradía y Patronato, cuyas misiones eran: no desamparar en sus últimas horas a los delinquentes condenados a muerte (*desamparats*), dedicando un día al año para sepultar sus restos caídos de la horca pública, y además, recluir a los dementes y furiosos.

Obra tan sublime, de humana piedad, sólo

(1) La casa de Orates de Zaragoza se estableció en 1425 a imitación de la de Valencia; la de Sevilla, en 1456, con el nombre de Hospital de los Inocentes; la de Toledo, en 1483, con igual denominación. En el Extranjero tardaron más en fundarse casas de locos; la célebre de Bethlam, que es una de las más antiguas, data de 1547. (Teodoro Llorente. *Historia de Valencia*.)



EL PADRE JOFRÉ DEFENDIENDO A UN LOCO
Cuadro de Joaquín Sorolla, existente en el Hospital de Valencia

pudo inspirarla al insigne mercenario la absoluta bondad de la Madre de Dios; tan sólo ella podía hacer aquellos milagros de caridad en épocas de temple tan duro, y bajo su patronato colocó el padre Jofré la Hermandad, llamándose, desde su fundación, de «Nuestra Señora María de los Inocentes», hasta que, en 1496, resolvió el Rey Católico que se titulara «de los Desamparados».

Preocupado andaba el Patronato en la construcción de una imagen que reflejara con gran acierto tan sobrenatural bondad, ya que el alma del pueblo sólo ve por los ojos del cuerpo, cuando, según la tradición (1), era adoradora de los hechos sorprendentes y sobrenaturales, se presentaron tres jóvenes desconocidos vistiendo la túnica del peregrino. Ofreciéronse a construir graciosamente la imagen en tres días, exigiendo tan sólo para ello la soledad y quietud del sitio donde realizar su trabajo, a más de los útiles necesarios y los indispensables alimentos.

Así se hizo, con la sorpresa de todos y con la ansiedad por conocer el resultado de tan misterioso descubrimiento, que hacía interminables los días del plazo, voluntariamente impuesto por los extraños artífices; pasaron por fin, y como la puerta del *capitulet* siguiera cerrada, sin que el más ligero ruido ni señal de vida se percibiera, decidieron forzarla luego de golpear repetidas veces. Esto se hizo ante el padre Jofré y ciudadanos que formaban la Junta de la Hermandad.

El asombro de todos fué indescriptible, tanto más por la hermosa y humilde expresión de la imagen allí aparecida, como por las circunstancias que la rodeaban; los jóvenes escultores habían desaparecido, y permanecían intactas las herramientas y las banastas de los manjares; por sobrenatural se tuvo tan portentoso acontecimiento, y la ciudad entera acudió a contemplarla al conocer tan singular noticia.

El escritor Fajarnés, dice: «Median en favor de esta tradición dos circunstancias dignas de tenerse en cuenta: la primera, referente a la materia de que está fabricada la divina imagen, que por más que la devoción y curiosidad artística hayan intentado averiguar cuál sea, no lo han podido conseguir; y la segunda, en no haberla podido copiar con perfección ni Ribalta, Orrente, Sariñena, Castañeda, Zamora y otros insignes pintores, según pública opinión; de todo lo cual se infiere hay en la imagen alguna cosa sobrenatural que hace más cierta y respetable la tradición.»

La fe en la imagen fué aumentando, y con ella la piedad hacia los pobres desamparados, declarándola oficialmente patrona de Valencia, en 18 de Marzo de 1667.

Los reyes y los pobres, todos aspiran a cobijarse bajo su amplio manto; los primeros pidiendo su protección para el gobierno de sus pueblos, los segundos resignación para sobrellevar sus escaseces. María Antonieta, al subir al patíbulo, le envió enorme perla que luce la imagen en su diestra; nuestro Alfonso XIII ha dejado en sus manos el bastón de mando.

MANUEL GONZÁLEZ MARTÍ

Valencia, Mayo 1917.

(1) Orellana dice que algunas personas fidedignas le aseguraron haber visto en el archivo de la cofradía de la Virgen un documento firmado por Vicente de San Vicente, pintor de Valencia por el año 1416, del importe de encarnar la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados de la cofradía, y que, no habiendo en aquella época otra con este título, es necesario convenir en que se refiere a la imagen actual. El mismo Orellana asegura que D. Manuel González de la Torre conservaba una copia de este documento, y que D. José Mariano Ortiz tenía las notas del escribano N. Bas, que recibió la escritura, por la cual un N. escultor, se obligó a construir dicha imagen, así como la carta de pago después del precio de ella. (Teodoro Llorente. *Obra citada*.)

EL LUNES TRÁGICO Y GLORIOSO



"Escenas del 3 de Mayo de 1808", cuadro de Goya, existente en el Museo del Prado

FOT. LACOSTE

NUESTRO insigne amigo Gabriel Araceli, predilecto hijo del barrio gaditano de la Viña, nos ha hecho la merced estos días de evocar en nuestra memoria la gloriosa epopeya de que fué testigo hace ya un siglo largo de tal, cuando á los españoles nos importaba más la olla casera que el guiso de la casa de enfrente. Por Dios, que no está demás el recuerdo, ya que los tiempos que corren son, por desgracia, de pálido y desmayado españolismo.

Testigo de mayor calidad es el Sr. Araceli, porque, habiendo sido víctima de las iras de mamelucos y dragones en la huerta del Príncipe Pío, logró, por permisión de Dios, comparecer ante El para darle buena cuenta de sus hazañas. Y de tal modo soplóronle después los vientos de fortuna, que, habiéndose visto en la trifulca de Bailén, en los horrores de Zaragoza y en la contienda de Arapiles, salió con bien de todo ello y llegó á verse general. Así pudo decir, andando el tiempo, que había nacido sin nada y lo tuvo todo.

Gabriel Araceli estaba aquel memorable lunes de Mayo con el pensamiento nublado por oscuros celajes, huyendo á través de las calles madrileñas de la persecución de D. Mauro Requejo, el sórdido tendero de la calle de la Sal, y de las garras del señor licenciado Lobo, el feroz covachuelista curial de los espejuelos verdes. Las gracias de Inés le traían de cabeza. ¿Cómo no andar de coronilla, si tenía el corazón oprimido por el recuerdo de la bella sobrina de don Celestino Santos del Malvar, el bendito párroco de Aranjuez? Así fué á dar, casi sin darse cuenta, á la Plazuela de Palacio, llegando á punto de ver la alborotada muchedumbre que llenaba la Plaza de la Armería y ocupaba toda la calle Nueva, que es hoy llamada de Bailén. Sin el encuentro de Pacorro *Chinitas*, el amolador, hubiera tardado en averiguar lo que pasaba, lo cual no era sino que los franceses querían llevarse á Bayona á los señores Infantes.

¡La que se armó, Dios santo! Los franceses dispararon contra un enorme grupo de españoles, y muchos de éstos, ametrallados, mordieron el polvo. En seguida, las calles inmediatas á Palacio fueron un mar humano, encrespado y colérico, que clamaba venganza. ¡Armas! ¡Ar-

mas! El mar fué aumentando su rabia, y su oleaje de patriotismo y de ira se extendió por las calles inmediatas, por el Pretil de los Consejos y San Justo, inundó la calle Mayor, salpicó la de Milanese y la Cava de San Miguel, y al llegar á la Puerta del Sol se desbordó tumultuoso y sangriento por toda la villa. De los barrios bajos afluó al interior buen golpe de patriotas. Con ellos se mezclaron el propio *Chinitas* y su mujer, la *Primorosa*, cabeza y guía de otros varones exaltados y otras garridas hembras de Maravillas y el Rastro. Brillaban las navajas, se disparaban viejos retacos y se blandían en el aire gruesos garrotes de nudos, entre ayes, gritos, maldiciones, vitores y blasfemias. De los balcones á la calle caían, arrojados con fuerza, tiestos, tejas, ladrillos, pucheros y sartenes, todo lo que pudiera herir y ofender, poniendo fuera de combate al primer granadero de la guardia que se pusiera á tiro. Nunca Marte tuvo pechos más voluntarios ni brazos que mejor le sirvieran.

La *Primorosa*, ya satisfecha de repartir sablazos y mandobles con todo el garbo de su cuerpo, pudo confiar un momento en no haber dejado un francés con hueso sano; pero en seguida se oyó un fuerte redoble de tambores, un estridente toque de cornetas, el galopar de los caballos y el imponente estruendo de las cureñas sobre el piso. Por la calle Mayor apareció una legión de soldados, y casi al mismo tiempo otros núcleos de tropas desembocaban en la Puerta del Sol por la Carrera de San Jerónimo y las calles de Carretas y la Montera. Los madrileños víéronse envueltos por los sables y cañones vencedores en Ulma, Jena y Austerlitz, y á buen precio pagaron la gloria de su patriótica aventura. ¡Bien se batía el cobre! Más se batió todavía en el parque de Monteleón, donde se decidió la suerte de Madrid frente á los planes de dominación del emperador más ambicioso de cuantos tuvieron águilas en el lienzo de sus banderas. Allí cayeron mujeres de tronío y majos de planta, aquellos que en los días de paz alegraron con son de coplas y vihuelas las riberas del Manzanares. Las que fueron calles de San Miguel y de San José, que hoy se llaman Daoiz y Velarde, y la de San Pedro la Nueva, que ahora lleva el

nombre del Dos de Mayo, fueron teatro de muchas hazañas memorables y cementerios de los bravos libertadores del pueblo. Allí cayó *Chinitas*, á quien los amoladores de España—sin contar los que labran nuestra felicidad desde las cumbres de la política y desde otras alturas—debieran venerar como á su heroico patrono. Allí tuvo la *Primorosa* ocasión y lugar de probar el temple de su alma, que era como el de otras muchas mujeres que le perdieron el respeto á Napoleón y se le pusieron en jarras, sin dársele una higa del vuelo de sus águilas imperiales ni de sus humos de señor de la tierra.

¡Y qué trágica noche que siguió á tal día! Durante muchas horas cruzaron por las calles, como sombras siniestras, largas cuerdas de presos que iban á ser sacrificados al despotismo y á la ambición. Junto al sacerdote de rostro grave y plateados cabellos, iba el manolo que perdió el ancho sombrero en la refriega, y al lado de la maja con falda bordada de madroños, caminaba el humildísimo menestral que dejó la herramienta de trabajo para empuñar el fusil. De rato en rato, el silencio de muerte en que yacía Madrid, se turbaba con el estruendo de la lejana fusilería. Toda la villa se estremecía de espanto, porque sabía que á cada nueva descarga se aumentaba el número de mártires. Y así pasó aquel largo y triste lunes de Mayo, que amaneció glorioso y acabó trágico. Y así alborearon las luces del siguiente día, para alumbrar los cuadros de horror que la Muerte había pintado entre las sombras del Prado, la Moncloa y el Príncipe Pío.

El Sr. Araceli, que tiene vida inmortal en libros peregrinos, recordará siempre con emoción la epopeya española. Si él no fuera bastante, el arte tiene lienzos, bronce y mármoles que la harán perdurar en la memoria de las gentes. El maestro Goya señaló el camino que más tarde siguieron Pérez Rubio y Unceta con sus rebeldes de Móstoles y sus vaqueros de Bailén, Alvarez Dumont con sus claustros humeantes y sus murallas en ruinas, y Muñoz Lucena, Nin y Tudó y Nicolao con sus escenas de sangre y de dolor. Todo un arte que parece iluminado por las llamaradas de la tragedia.

JOSÉ MONTERO



SU SECRETO

HAY hombres eruditos y damas eruditas. Ellos se hacen retratar delante de sendas hileras de libros para demostrar á los ignorantes lo que han tenido que digerir para hacerse sabios. «Estos son mis poderes», como dijo el Cardenal. La belleza de los hombres está en sus conocimientos. La de la mujer en su seducción.

Es preciso estudiar, estudiar mucho, para aprender este secreto femenino, que todas creen poseer, y que apenas poseen unas cuantas. Pero exclaman ellas:

—¿Es que hay que aprender todos esos tomos para dar la batalla y rendir á los paladines?

Antes sí, mas no ahora que se han inventado las enciclopedias. LA PERFUMERÍA FLORALIA no nos dejará mentir. Ella ha

FLORES DEL CAMPO

reunido en unos pocos volúmenes todo el arte, toda la gracia, toda la finura, toda la belleza, toda la seducción. Ella ha resumido cuantos tomos se han escrito, para llegar á ser la más encantadora de las mujeres, y ha comenzado á lanzar sus productos. Por eso, esa delicada figurita, que, metida en su modernísimo pijama, sonríe llena de una justa y satisfecha vanidad, dice:

—El sabio se retrata delante de sus libros; yo, que soy sabia también, tengo mi biblioteca...

Y muestra las creaciones «FLORES DEL CAMPO», el dentífrico OXENTHOL y el higiénico SUDORAL..., la enciclopedia «FLORALIA», en suma, á quien debe su belleza y el frescor y arrogancia de su cuerpo estatuaria. Esta enciclopedia de la gracia puede dar el triunfo á todas las mujeres.

DIBUJO DE PENAGOS